

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 6, capítulo LVII

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 6, capítulo LVII

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo LVII

**Lorencez y Saligny dan a conocer su
versión de los sucesos**

Mayo de 1862

CAPÍTULO LVII

LORENCEZ Y SALIGNY DAN A CONOCER SU VERSIÓN DE LOS SUCESOS

Mayo de 1862

Una vez instalado en Orizaba, con más calma y tranquilidad, el conde de Lorencez consideró necesario rendir un informe a su gobierno; el 22 de mayo, con gran cuidado, redacta su parte al ministro de Guerra de Francia, parte que se refiere a lo acontecido desde el 1º de mayo.

Su relato es breve y, al referirse al número de soldados que guarnecían Puebla el 4 de mayo, dolosamente los eleva a 12,000 hombres y afirma, también falsamente, que en las calles de la ciudad hay barricadas protegidas con artillería.

Niega haber dispuesto de información sobre el ejército mexicano, a causa de la "intimidación" que sobre la población ejercía Juárez.

Su descripción de la batalla del 5 de mayo es prolija y detallada, explicando cada una de las maniobras y tratando de justificarlas desde el punto de vista táctico. Da mucha importancia a la lluvia que cayó a las cuatro de la tarde, como factor que contribuyó para que tuviera que retirarse.

No usa para nada la palabra derrota; se refiere al resultado de la acción como la suspensión del ataque.

Presenta cifras de sus bajas y exagera las correspondientes al ejército mexicano.

También trata de justificar, desde el ángulo estratégico, el motivo por el cual no avanzó sobre México "dejando a la espalda una plaza fortificada" y, sin dar razones, informa que resolvió retirarse a Orizaba, si bien dando tiempo para que se le incorporaran las fuerzas de Leonardo Márquez.

Al referirse al combate de Barranca Seca, sobrestima la participación francesa y, para dar mayor importancia al encuentro, señala que las fuerzas mexicanas eran numerosas.

Las noticias tardaban en llegar a Europa unas cuatro o cinco semanas, por lo que hasta mediados del mes de junio se supo la derrota francesa del 5 de mayo. Víctor Hugo, pendiente de los acontecimientos, desde su destierro de Guernsey, en la isla bretona cercana a la costa francesa, da a conocer una hermosa proclama que por no tener fecha no es posible precisar el día de su expedición, que suponemos fue a fines de junio. En ella, señala que no es Francia la que hace la guerra a México, es el imperio de Napoleón; pide, también, a los habitantes de Puebla, que resistan frente al invasor.

El 21 de mayo Leonardo Márquez y el sacerdote doctor Francisco Javier Miranda, tuvieron una larga entrevista que el primero consideró conveniente "consignar por escrito" en documento dirigido a Dubois de Saligny. En esta comunicación, recalca ser el "general en jefe del ejército mexicano" y estar "honrado con la confianza del ejército conservador" y ser "el representante natural de los intereses de la nación, de su independencia y de su decoro".

Es un documento de excepcional importancia porque elogia la posición de Saligny; insiste en considerar al partido conservador como el mayoritario y representativo de lo noble y valioso del país; en cambio, calumnia a los liberales al atribuirles una actitud entreguista frente a los Estados Unidos, sin justificar sus afirmaciones; se adhiere, también, al pensamiento de Napoleón III que "tan generosamente nos tiende su mano amiga".

Comenta también la conversación que sostuvo con Lorencez sobre la necesidad de pedir refuerzos a Francia. Sobrestimando la posibilidad de los conservadores, dice que no se necesitan más de diez mil soldados franceses, sin considerarlos indispensables, sólo para "asegurar el lustre de las armas".

Lord Russell, en amplia comunicación del 22 de mayo, aprueba el proceder de Wyke y celebra haya actuado de acuerdo con el general Prim. Hay una frase muy significativa en el documento, cuando se dice

que la repugnancia de los comisionados franceses para tratar con el gobierno del Presidente Juárez es "faltar al respeto al pueblo mexicano".

Leonardo Márquez escribe a Almonte un pormenorizado parte de la acción de Barranca Seca en que, para exaltar su triunfo, reconoce la acometividad y valor de las fuerzas nacionales.

El Presidente Juárez, mientras tanto, expide un prolijo reglamento para el servicio de guerrillas que "se formen para auxiliar las operaciones del ejército en la presente invasión extranjera y para la pacificación del país". Aborda aspectos de organización, de disciplina y establece drásticas penas para castigar a los guerrilleros que abusen o cometan atropellos.

Desafortunadamente en el frente interno hay sombras; el general Patoni, gobernador de Durango, cansado de las intrigas de los políticos locales, prefiere se le permita ir al frente de los contingentes de la entidad que van a reforzar al ejército de Oriente, a fin de alejarse del pesado ambiente político de esa entidad.

Matías Romero, pendiente de informar sobre la actitud del gobierno estadounidense, avisa que el secretario de Estado, Seward, condiciona la actitud de su gobierno a favor de México a los resultados de la Guerra de Secesión.

El general Vicente Rosas Landa, pese a sus querellas con los oaxaqueños durante el tiempo que actuó como jefe militar durante la Guerra de Reforma, solícito hace una espontánea colecta a favor de los familiares de las víctimas de la catástrofe de Chalchicomula y la pone a disposición del Presidente Juárez.

Dubois de Saligny, afila la pluma y produce en Orizaba, entre el 21 y 26 de mayo, un breve informe, verdadera nota de remisión y además una amplia memoria que abarca desde principios de mayo hasta esta última fecha. Ambos documentos constituyen una apasionada requisitoria contra el proceder del conde de Lorencez, a quien censura como militar, político y administrador. Justifica muchas de sus afirmaciones y destaca el menosprecio con que Lorencez trató a los mexicanos que se incorporaron al ejército francés, incluyendo a Almonte y Márquez.

En la memoria, sale muy mal librado el general López Uruga por sus imprudentes confidencias a Saligny; también se confirma en ella que el general Robles Pezuela estaba comprometido a encabezar una sublevación contra el gobierno nacional.

Estos documentos habían sido ya publicados, reproducidos en defectuosa traducción, que hemos revisado y corregido teniendo a la vista la copia fotostática del documento original que se obtuvo del Archivo del ministerio de Relaciones de Francia, gracias a la colaboración del doctor Luis Weckman.

Acompañó Saligny a su memoria una nota preparada, seguramente por un militar profesional, que analizó la batalla del 5 de mayo y precisa seis errores notorios cometidos por el general Lorencez.

Zaragoza, no obstante su actividad, cuidando de reorganizar el ejército de Oriente, avituallarlo y pertrecharlo, casi diariamente se comunica con Juárez o con el ministro de Guerra y con Ignacio Mejía, informando de lo que ocurre, pero, sobre todo, insistiendo en que se le envíen soldados de remplazo, más dinero, armas y parque.

Otro informe al ministro de Guerra de Francia que se reproduce y que tiene útiles noticias, es el del general Douay, que desembarcó en Veracruz el 16 de mayo al mando de las tropas de refuerzo. Con honradez reconoce que encontró al ejército al mando de Lorencez "en una posición difícil" porque el 5 de mayo, frente a Puebla, "no logró apoderarse de la posición fortificada que atacaba"; pero es certera su apreciación, cuando dice que "el efecto de este fracaso determinó una explosión de general entusiasmo entre los mexicanos que, por el momento, parece haber convertido la guerra en guerra nacional".

Zaragoza, enterado de que González Ortega, al mando de una respetable división, está por llegar, resuelve diferir el ataque a Orizaba y espera la incorporación de esas fuerzas. Con frecuencia escribe apremiando se acelere esa incorporación.

Hecho el cómputo de las elecciones, el Congreso de la Unión decreta, el 31 de mayo, que "es Presidente constitucional de la Suprema Corte de Justicia el ciudadano Jesús González Ortega", de acuerdo con lo previsto en los artículos 92 y 93 de la Constitución, y 45 y 46 de la Ley

Orgánica Electoral, cargo que debería desempeñar en un plazo de seis años.

El general Luis Ghilardi, italiano, que joven se trasladó a México y actuó en la Guerra de Reforma, había regresado a su país de origen a luchar a las órdenes de Garibaldi, resolvió ofrecer nuevamente sus servicios a México.

Llega a Washington y el ministro Romero informa que le proporcionó recursos que le permitan se incorpore a México, vía Acapulco. Como nuestra legación carece de dinero, el ministro de Perú, señor Cayetano Barrera, proporciona un préstamo de 1,800 pesos para que el general Ghilardi y cinco oficiales puedan partir para Acapulco, vía Panamá.

El Congreso concluye su período de sesiones el 31 de mayo y asiste el Presidente Juárez a la clausura, pronunciando un discurso en que analiza la situación con objetividad y destaca que el gobierno, para cumplir con su deber, se siente fuerte con la confianza del Congreso y la cooperación de todos los estados.

El diputado José Linares, en funciones de presidente del Congreso, comenta también lo sucedido en los últimos cinco meses; se muestra satisfecho de la conducta del pueblo mexicano y destaca que el Poder Legislativo tiene confianza en el Ejecutivo y pide a la Providencia "conceda a los actuales gobernantes la satisfacción de haber salvado a la patria y con ella los principios de la libertad y la reforma".

Almonte, no obstante que insiste que la intervención es bien recibida por el pueblo de México, tiene que expedir el 4 de junio un decreto en que se establece la obligación de "aceptar y desempeñar los cargos y comisiones que les confiera el jefe supremo de la nación", con la amenaza de duras penas a quienes se nieguen a servir o renuncien.

El sacerdote Miranda, convencido de que faltan dirigentes en el bando intervencionista, escribe desde La Habana a Santa Anna insistiéndole se traslade a México.

Con su acuciosidad característica, Romero informa que el general Prim, acompañado de una comitiva en que se destaca el brigadier Millans de Bosch, había llegado a Washington. Lo que Romero comunica es

sumamente interesante, pues confirma la magnífica actitud de Prim y Millans de Bosch hacia México.

Se reproducen cartas de Maximiliano, Napoleón y Eugenia, que caracterizan las relaciones de estos personajes. Maximiliano, dócil, adula al emperador francés; Napoleón y Eugenia, agresivos con Prim, se muestran crédulos al supuesto buen recibimiento del ejército francés. A pesar de que la última carta está fechada el 7 de junio, no se menciona la derrota del 5 de mayo; es que aún no se conocía en las Tullerías esa noticia.

Sintiéndose verdadero jefe de la nación, Almonte dispone de las recaudaciones de la aduana de Veracruz y, ante la carencia de crédito, instruye a su representante en Veracruz que, si tiene dificultad para negociar libranzas, "use la fuerza".

DOCUMENTOS

Mayo de 1862

PARTE DEL CONDE DE LORENCEZ
SOBRE LA BATALLA DEL 5 DE MAYO

Orizaba, 22 de mayo de 1862

A su excelencia el mariscal ministro de la Guerra
(París)

Señor mariscal:

La imposibilidad en que he estado de comunicar con Veracruz, desde fines de abril, me ha impedido dar cuenta a vuestra excelencia [V. E.] de mis operaciones militares después del combate de las Cumbres; hoy, de regreso en Orizaba, espero poder restablecer mis comunicaciones con Veracruz y tengo el honor de dirigiros mi parte sobre los sucesos ocurridos desde principios del presente mes.

Habiendo salido de la Cañada de Ixtapa el 1º de mayo, después del combate dado el 28 de abril en las Cumbres, marché sobre Puebla sin hallar resistencia y sabiendo en cada localidad que el general Zaragoza se retiraba delante mío, a una jornada de distancia, señalando su paso solamente con el incendio de las habitaciones y sobre todo de los molinos de granos y paja que abundan en la planicie de Anáhuac.

A mi llegada el 4 a Amozoc, población situada a tres leguas de Puebla, tuve noticia de que el gobierno de Juárez había dado orden para defender a Puebla a todo trance; que la ciudad contenía una guarnición de 12,000 hombres, que en todas las calles se habían formado barricadas y que estas barricadas estaban armadas con artillería.

Hasta entonces no se me había suministrado ningún otro dato; tan grande era la intimidación ejercida en las poblaciones que se sabía eran hostiles a Juárez.

Al día siguiente, 5 de mayo, llegué frente a Puebla a las nueve de la mañana y mandé hacer alto a la cabeza de mi columna, a unos tres kilómetros de la ciudad. Me di cuenta que no podía titubear pues era menester apoderarse ante todo de Guadalupe y Loreto, cuya posesión aseguraba la de la ciudad.

Después de hacer que la tropa tomara el café, formé a las once y media mi columna de ataque, compuesta de dos batallones de zuavos, de la batería montada del capitán Bernard y de cuatro piezas de la batería montada de marina del capitán Mallat. El regimiento de infantería de marina formaba la reserva. Los fusileros marinos y la batería de montaña debían proteger la retaguardia de la columna de ataque, a quien amenazaba un grueso de caballería que se había presentado a la derecha.

Dejé a los cazadores de infantería para que contuvieran al enemigo, que también se dejaba ver a mano izquierda, por medio de algunos tiradores y encargué al coronel L'Heriller que protegiera con el 99° de línea y cuatro compañías de infantería de marina al convoy que había hecho formar en masa.

Había ordenado a la caballería que permaneciera entre el convoy y la columna de ataque, para hacer frente a las eventualidades que pudieran presentarse.

Los zuavos, marchando por batallones en columna con distancias y llevando entre los dos batallones las diez piezas de artillería montada, ejecutaron un gran movimiento de flanco sobre la derecha, a fin de acometer la posición de Guadalupe por pendientes accesibles.

El fuerte de Guadalupe rompió primero el fuego. Las dos baterías avanzaron hasta el pie de la altura, lo más cerca posible, para poder romper el fuego contra esta posición: hallábanse a 2,200 metros; su fuego comenzó y los zuavos se desplegaron en batalla. La puntería fue generalmente muy certera y el fuego del enemigo muy vivo y bien dirigido.

Después de tres cuartos de hora de lucha, hice trasladar las baterías más a la derecha, a fin de batir más directamente el frente que los zuavos debían tomar por asalto. La batería Mallat se situó a cierta distancia de la batería Bernard, para hacer el fuego de los mexicanos más divergente y

mandé que los zuavos llegasen hasta el pie mismo de la altura, para que no siguieran expuestos a los fuegos de enfilada del fuerte.

La disposición del terreno no me permitió abrir bastante brecha y como, por otra parte, carecía de material de sitio necesario para destruir la fortaleza de Guadalupe, resolví intentar un ataque a viva fuerza. Los zuavos, prontos a lanzarse, habían llegado hasta la mitad de la cuesta; envié a buscar cuatro compañías de cazadores de infantería, prescribiéndoles que treparan las pendientes por la izquierda de los zuavos, de modo que dividieran la defensa del enemigo. Ordené al mismo tiempo al regimiento de infantería de Marina, a los fusileros marinos y a la batería de montaña, que apoyaran al 1º batallón de zuavos que ocupaba la derecha y tomé un batallón del 99º de línea para remplazar, como reserva, detrás de nuestras columnas de ataque, a la infantería de Marina y a los fusileros marinos.

Mientras se ejecutaban estos movimientos, una sección de ingenieros partía con cada columna de ataque, llevando consigo tablas provistas de escalones clavados y de sacos de pólvora destinados a volar la puerta del reducto. La artillería montada se esforzaba, en vano, por abrirse paso para trepar a la altura y aproximarse al fuego.

Dada la señal, los zuavos y los cazadores acometieron con la inteligente intrepidez tradicional en estos dos cuerpos; hicieron lo que las tropas francesas solas saben hacer: llegaron soportando un fuego terrible de artillería y fusilería, de metralla y balas rasas, hasta los fosos del fuerte; algunos consiguieron escalar el muro sobre el cual fueron muertos, a excepción del corneta de cazadores Roblet, que permaneció durante algún tiempo en él tocando paso de ataque. Pero el convento fortificado de Guadalupe que se me había descrito como una posición de escasa importancia, estaba armado con diez piezas de a 24, sin contar con los obuses de montaña colocados en las plataformas y en los campanarios; tres líneas aspilleradas sobrepuestas habían sido establecidas con sacos de tierra colocados en los terrados; lo menos 2,000 hombres mandados por el general Negrete, estaban encerrados en el fuerte con una artillería bien servida.

El primer batallón de zuavos, la infantería de Marina y los fusileros marinos, al efectuar su movimiento de frente, habían encontrado sobre su derecha el fuego de las baterías de Loreto y, entre este fuerte y Guadalupe, cinco batallones de infantería en tres líneas, habían sido cargados por la caballería mexicana y detenidos así a 100 metros del fuerte.

Disponíame a hacer pasar adelante dos compañías de zuavos que tenía cerca de mí como reserva a mitad de la cuesta, cuando una tempestad tropical, oscureciendo el aire, descargó sobre nosotros y empapó el suelo de tal modo que era imposible permanecer en pie en las laderas que se acababan de trepar.

Habiéndome convencido de la imposibilidad de sostener más tiempo una lucha heroica, mandé que los batallones empeñados en ella volvieran a descender, aprovechando las sinuosidades del terreno, hasta el pie de la cuesta, donde hicieron alto para tomar las mochilas que allí habían dejado.

Faltábame hacer sacar mis heridos de una alquería adonde los había hecho llevar durante el combate, la cual estaba situada a 2,200 metros del fuerte. Los hice salir por pequeñas fracciones a fin de evitar el fuego de la artillería de Guadalupe que continuaba disparando contra todos los grupos.

Cuando terminó esta operación estaba a punto de anochecer y mis tropas se retiraron al campamento escalonadas en el mayor orden y sin que los mexicanos osaran avanzar contra ellas.

Durante lo más recio del combate, las dos compañías de cazadores de infantería que habían sido dejadas en el llano, se encontraron envueltas por una masa de caballería sostenida por fuerza de infantería; estas dos compañías hicieron en mi presencia tal defensa que no sabía a quienes admirar más, si a los que avanzaban sufriendo el fuego de Guadalupe o a los cazadores que, sin desconcertarse por el crecido número de los enemigos que los rodeaban, se formaron con la mayor serenidad y mataron o dispersaron a los jinetes que se precipitaban hacia ellos.

Las pérdidas sufridas en el glorioso combate del 5 de mayo se resumen así:

| Oficiales | |
|-------------------------|-----|
| Muertos | 15 |
| Heridos | 20 |
| Tropa | |
| Muertos o desaparecidos | 162 |
| Heridos | 285 |

Los diversos informes que me han llegado de los mexicanos, hacen subir a 1,000 hombres las pérdidas del enemigo.

La noche del 5 al 6 pasó sin que se disparara un solo tiro.

Tal era, señor mariscal, mi situación delante de Puebla, la ciudad más hostil a Juárez, según decían las personas en cuya opinión debía tener fe y que me aseguraban formalmente, en vista de los datos que se hallaban en estado de adquirir, que sería recibido en ella con transportes de alegría y que mis soldados entrarían cubiertos de flores.

Yo no podía pensar en atacar las barricadas de Puebla, mientras los fuertes de Guadalupe y Loreto estuvieran en poder del enemigo; una marcha directa sobre México, dejando a la espalda una plaza fortificada, era imposible; me decidí, pues, a retirarme a Orizaba; no obstante, para no desatender la probabilidad de que se me reuniera el ejército del general Márquez, cuya llegada me era anunciada a cada momento, resolví aprovecharme del plazo que me daba la cantidad de víveres que traía conmigo, teniendo presente el consumo diario.

Pasé, pues, los días 6, 7 y 8 delante de Puebla, limitándome el 6 a rectificar el asiento de mi campamento, sin hacer por eso retrogradar a las tropas que se encontraban más próximas a la ciudad; esperaba además atraer al enemigo y batirlo en campo raso, si tenía la audacia de venir a atacarme; pero tuvo la prudencia de no dispararme un solo tiro ni de día ni de noche.

Por fin, el 8, a las dos de la tarde, viendo que no recibía del general Márquez más que noticias evasivas y aun contradictorias, acerca de su proximidad y de su intención de venir a reunirse conmigo, comencé a hacer desfilar mi inmenso convoy hacia Amozoc. Permanecí yo mismo en posición hasta las seis de la tarde con la mayor parte de las tropas y me retiré con ellas detrás del convoy, en el orden más perfecto, sin que el enemigo osara hacer salir fuera de la ciudad un solo jinete ni un solo infante.

Permanecí en Amozoc el 9 y el 10, accediendo a las instancias que se me hacían para esperar la llegada del general Márquez.

El 10 vino a reunirse con nosotros el general Márquez en persona, con una escolta de unos diez caballos. Nos anunció que Zuloaga, en nombre de su partido, había celebrado, el 5 por la mañana, día de nuestra llegada delante de Puebla, un tratado con el gobierno de Juárez en virtud del cual se obligaba a neutralizar al ejército del general Márquez durante nuestra presencia delante de la ciudad.

Al saber esta noticia que aclaraba la situación, aun para los mismos que habían conservado más ilusiones, fijé mi partida para el siguiente día 11. Me detuve sucesivamente en Tepeaca, Acatzingo, Quecholac y San Agustín del Palmar, en la cañada de Ixtapa, sin ser molestado y encontrando únicamente algunas partidas numerosas de caballería que permanecían siempre fuera de nuestro alcance.

A mi llegada delante de Palmar que me habían dicho estaba ocupado fuertemente y cerrado con barricadas, tuve ocasión de hacer prisionera una partida de 22 jinetes, rodeando la aldea a derecha e izquierda por la caballería de vanguardia.

Al día siguiente continué la marcha por la cañada de Ixtapa, donde debía esperar, según los datos que se me daban, encontrar dificultades para volver a pasar las Cumbres, cuyo camino estaría cortado por 40 barricadas u otros obstáculos.

Tomé mis disposiciones en previsión de estas eventualidades e hice ocupar los contrafuertes de derecha e izquierda.

Los informes que había recibido no se realizaron más que en parte. Los mexicanos habían acumulado efectivamente obstáculos materiales

que consistían en barricadas formadas con enormes troncos de árboles que habían hecho rodar desde lo alto de la montaña sobre el camino y en cortaduras cuyo escombramiento formaba grandes montones de rocas y tierra; había, en efecto, unos 40 obstáculos de esta clase en el camino; pero, sea que los mexicanos no osaran perseguirnos, sea que haya habido división entre los jefes, no encontré un solo defensor en las Cumbres y, a pesar del trabajo que exigió la destrucción de estos obstáculos, mi columna y mi convoy llegaron a Acultzingo antes de oscurecer.

El 17 llegué a Tecamaluca. Un oficial mexicano del ejército del general Márquez se presentó en las avanzadas y me anunció que la caballería del general, compuesta de 2,500 caballos, venía a reunirse conmigo de Tehuacán por las veredas de las montañas y que el general con la vanguardia estaba ya cerca; me pedía un pase para ir a Orizaba a fin de encontrarse con el general Almonte.

Envié a las avanzadas un oficial de Estado Mayor con el oficial mexicano; al cabo de una hora volvieron con el general Márquez.

El general me dijo que venía de Matamoros, ciudad situada a 19 leguas de Puebla a la orilla izquierda del camino de México.

Después de haberme hecho su visita, partió para Orizaba con algunos jinetes, advirtiéndome que su caballería quedaría a retaguardia y debía incorporarse conmigo al día siguiente.

El 18 me puse en camino para Orizaba. Cuando llegué a la aldea de Ingenio, dejé desfilar mi columna y mi convoy, y me detuve allí para instalar en esta aldea el 99º de línea, con dos piezas de la batería de montaña.

Dos razones me indujeron a destacar esta fuerza; quise evitar la aglomeración de las tropas en Orizaba y, por otra parte, el Ingenio, aldea situada sobre un río a seis kilómetros de Orizaba y en un punto muy cerrado por las montañas, me permitía, ocupándola, cerrar el paso para la ciudad de Orizaba.

A cosa de las seis de la mañana, vino el general Márquez a decirme que le habían avisado que el ejército de Zaragoza avanzaba por las Cumbres para oponerse a la reunión de su caballería conmigo, que no

estaba seguro de que este informe fuera exacto y que iba él en persona al encuentro de su tropa para cerciorarse de ello.

Di orden al coronel L'Heriller para que secundara al general Márquez con un batallón, en caso que le hiciera saber que el general Zaragoza se hallaba efectivamente en presencia de su caballería. Yo mismo permanecí en Ingenio hasta la una de la tarde y, viendo llegar soldados de la caballería de Márquez sin que ninguno de ellos me anunciara la presencia del enemigo, continué mi camino hacia Orizaba.

A las diez de la noche vino a decirme el general Taboada, que la caballería del general Márquez y el 2º batallón del 99º de línea, al mando del comandante Lefevre, habían sostenido a las cinco de la tarde un combate reñido contra las tropas de Zaragoza; que se habían hecho 1,200 prisioneros y que el 99º había cogido una bandera.

El coronel L'Heriller me confirmaba poco tiempo después estas noticias por medio de una carta.

Suponiendo que Zaragoza debía de hallarse con grandes fuerzas y que podría renovar al día siguiente sus ataques contra la caballería de Márquez y el 99º de línea, ordené a la mayor parte de las tropas que formaran a las dos de la mañana y marché a su cabeza por el camino de Acultzingo.

Atravesé, durante la noche, el campamento de Márquez y, al apuntar el día, encontré al batallón del 99º y supe que las tropas de Zaragoza se habían dispersado completamente la noche misma del combate.

El 2º batallón del 99º que había salido de Ingenio a las dos de la tarde, se había reunido con el general Márquez a las cinco. La caballería de este general, que llegaba por un camino atravesando las montañas, estaba ya cortada por el ejército de Zaragoza colocado en una planicie que domina la reunión del camino de travesía de Tehuacán con el camino de Orizaba.

El comandante Lefevre, había dividido inmediatamente su batallón de 500 plazas en dos columnas y dirigido la primera hacia la izquierda del enemigo, mientras que hacía trepar a la segunda un montecillo que dominaba la intersección de los dos caminos. La parte de la caballería del

general Márquez que estaba cortada, se aprovechó de este movimiento para efectuar su incorporación precipitándose al galope. El batallón del 99º y los jinetes del general Márquez cargaron entonces al enemigo con tal ímpetu, que a las seis de la tarde había desaparecido y los resultados de la jornada fueron:

Una bandera cogida por el 99º de línea.

800 infantes y 400 a caballo prisioneros.

100 a 150 muertos aproximadamente.

200 heridos.

Las pérdidas del batallón son 2 muertos y 26 heridos.

El estado sanitario del ejército es bueno, el espíritu excelente; mis enfermos y heridos se hallan instalados en dos hospitales en número de 600.

He tenido que cubrir provisionalmente las vacantes causadas por el fuego del enemigo. Adjuntas remito las propuestas de ascensos a los diferentes grados, así como las de admisión y promoción en la legión de Honor, las cuales recomiendo a vuestra excelencia.

Soy con el más profundo respeto, etc.

El general de división, comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México.

Conde de Lorencez

LA FRANCIA INMORTAL CONTRA LA INTERVENCIÓN

Habitantes de Puebla:

Tenéis razón en creerme con vosotros.

No os hace la guerra Francia; es el imperio. Estoy con vosotros. Vosotros y yo combatimos contra el imperio; vosotros en vuestra patria, yo en el destierro.

Luchad, combatid, sed terribles y, si creéis que mi nombre os puede servir de algo, aprovechadle, apuntad a ese hombre a la cabeza con el proyectil de la libertad.

Valientes hombres de México, resistid.

La República está con vosotros y hace ondear sobre vuestras cabezas la bandera de Francia con su arco iris y la bandera de América con sus estrellas.

Esperad. Vuestra heroica resistencia se apoya en el derecho y tiene a su favor la certidumbre de la justicia.

El atentado contra la República Mexicana es un atentado contra la República francesa. Una emboscada completa la otra. El imperio fracasará en esa tentativa infame, así lo creo, y vosotros venceréis. Pero ya venzáis o ya seáis vencidos, la Francia continuará siendo vuestra hermana, hermana de vuestra gloria y de vuestro infortunio y yo, ya que apeláis a mi nombre, os repito que estoy con vosotros: si sois vencedores, os ofrezco mi fraternidad de ciudadano; si sois vencidos, mi fraternidad de proscrito.

Víctor Hugo

LEONARDO MÁRQUEZ EXAMINA LA SITUACIÓN
CON MENTALIDAD CONSERVADORA

Orizaba, 22 de mayo de 1862

A su excelencia Mr. Alphonse Dubois de Saligny

La conferencia que hemos tenido ayer vuestra excelencia [V. E.] y yo en presencia del doctor Francisco Javier Miranda y del secretario de la legación, es de tanta importancia que, temeroso de no haberme expresado suficientemente y con toda propiedad a causa de la diferencia de nuestros respectivos idiomas, me veo en el deber de consignar por escrito los puntos que tratamos por la influencia que ellos han de ejercer en la suerte de mi patria, cuya felicidad es todo lo que deseo y por la cual estoy resuelto a no perdonar trabajo ni sacrificio alguno. Por otra parte, me considero con el derecho y con la obligación sagrada de decir la verdad, porque soy el general en jefe del ejército mexicano, porque estoy honrado con la confianza del partido conservador y porque, en consecuencia, soy el representante natural de los intereses de la nación, de su independencia y de su decoro, que son los principios que defiende dicho partido formado en el país por la mayoría de sus habitantes.

Antes de entrar en materia, permítame V. E. que le tribute el homenaje de mi admiración por el acierto con que V. E. ha sabido juzgar el verdadero estado de la situación de México, por el tacto con que ha tratado todos sus negocios en la difícil crisis que atravesamos y por el buen criterio con que ha previsto todo lo pasado y prevé lo futuro y permítame, asimismo, dar a V. E. las debidas gracias por la nobleza de sus sentimientos en favor de mi patria.

No hay duda en que si desde el principio las cosas se hubieran hecho como V. E. ha deseado, ya estaríamos en México, el nuevo

gobierno se hallaría establecido, la mayor parte del país gozaría el inestimable bien de la paz y la nación hubiera entrado ya en esa vía de verdadero progreso, de prosperidad y engrandecimiento que ha de elevarla al rango que debe ocupar entre los pueblos del mundo; pero como yo no conozco los secretos que han motivado la demora de estos acontecimientos, como ignoro las razones que haya habido para ello y como, por lo mismo, sería muy aventurado cuanto yo pudiera decir sobre el particular, V. E. tendrá la bondad de excusarme que sobre estos asuntos no profiera ni una sola palabra, corriendo un velo a lo pasado y limitándome a hablar del presente y el porvenir.

No omitiré, sin embargo, hacer una aclaración que es esencial. Sé que algunas personas que no conocen el país, porque no han visto sino una pequeña parte de su costa y que, por consiguiente, ignoran lo que pasa en el interior, han creído que no existe el partido conservador, ni hay en México más que una opinión, error tremendo y, por lo mismo, me dirijo a esas personas advirtiéndoles que desde poco después de consumada nuestra independencia, se dividió la nación en los dos partidos que contienden actualmente y que, aunque con distintos nombres, siempre han sido los mismos, el demagogo y el conservador; el primero, empeñado en destruirlo todo y en acabar hasta con la nacionalidad del país; el segundo, trabajando por conservarlo, defenderlo y elevarlo a la altura que debe ocupar, marchando por la senda del verdadero progreso.

Al primero se debe, entre otros males, la pérdida de media República que quedó en poder de Norte América por el Tratado de Guadalupe del año de 1848, así como de la riqueza eclesiástica, mercantil, agrícola y mineral que ha destruido. Al segundo, se debe, entre otros bienes, la conservación del territorio que actualmente tiene la República y el cual estaría ya en poder de la vecina, si los demagogos hubieran podido entregárselo. ¿Se quieren pruebas de esta verdad? Ahí está el Tratado McLane-Ocampo y el último que acaba de celebrar Juárez hipotecando todos los terrenos baldíos por diez millones de pesos y llamando a diez mil americanos armados con el pretexto de defender esos terrenos, en que se pierde la rica, hermosa y codiciada Sonora.

Mucho podría decir a este respecto, pero no lo creo ni de este lugar, ni de esta ocasión y me limito a explicar que el primero de dichos partidos está compuesto de la escoria del pueblo, porque no pueden afiliarse a él sino los hombres que propenden al vicio y al desorden, mientras que el segundo lo forman las notabilidades del país, las clases laboriosas y honradas de sus habitantes y la parte escogida de su sociedad. Por esto se ven figurar en el primero a criminales que reclama el patíbulo, a la vez que en el segundo se hallan las personas más ilustres. Para desengañarse de esta verdad, no se necesita más que internarse un poco en el país y estudiarlo con imparcialidad.

En vista de esto, cualquiera preguntará por qué entonces se ha sobrepuesto el partido demagogo al conservador, pero la respuesta es muy sencilla porque está en la misma naturaleza de los partidos. El primero abre la puerta a todos los vicios, sanciona todos los crímenes, excita todas las malas pasiones y facilita el modo de satisfacerlas. Los demagogos, que carecen de fortuna, nada exponen al lanzarse en la vía de los hechos y, antes bien, buscan en ella las riquezas que improvisan por medio del robo y a costa del llanto y la ruina de sus inocentes víctimas. El partido conservador es, por el contrario, recogido en sí mismo, huye con horror de ese torrente de desorden, lamenta las desgracias de la sociedad, desdeña combatir a sus enemigos con las propias armas porque sabe que en esa lucha se pierde la nación; apenas toma parte en la contienda, pierde su fortuna legalmente adquirida y no le queda otro arbitrio que resignarse a sufrir el pesado yugo de la demagogia que le arrebata su religión, su independencia, sus garantías y su porvenir.

Esta es la verdad de las cosas, esta es la situación del país y esta situación es preciso que cambie porque, de lo contrario, se pierde la nación y con ella el equilibrio del mundo, supuesto que una vez apoderados de este continente los norteamericanos, procurarán extender su dominio aprovechando las ventajas que les daría la posesión del Istmo de Tehuantepec, desenvolviendo sus proyectos sobre la isla de Cuba, que se facilitarían con la posesión de Yucatán y explotando las tendencias del partido rojo de todos los países para propagar sus doctrinas disolventes en las naciones de Europa.

¿Qué hay que hacer, pues, para evitar todos estos males? Llevar adelante el gran pensamiento de su majestad el emperador de los franceses, que tan generosamente nos tiende una mano amiga; llegar a México, establecer un gobierno provisional, convocar a la nación por medio de sus representantes, escuchar su voz y fundar un orden de cosas firme y duradero que dé paz, orden y prosperidad, que afiance la seguridad general e individual y que haga efectivas las garantías que deben disfrutar los nacionales y extranjeros en todo país bien organizado porque, de este modo, la hermosa México, que es tan rica, tan honrada y tan amiga de las demás naciones podría cumplir sus compromisos y llenar sus obligaciones.

Antes de ayer me honró con una visita S. E. el general de división conde Lorencez; hablamos de los negocios de la presente campaña. S. E. tuvo la bondad de consultar mi opinión sobre si era necesario pedir a Francia tropas de refuerzo; le contesté que sí. Me preguntó en qué número y le respondí que en mi concepto y sin que esta opinión pudiese de ninguna manera influir sobre las determinaciones del gobierno del emperador, me parecía que las fuerzas francesas que están actualmente en el país eran más que suficientes, si obraban de acuerdo con las fuerzas del partido conservador para apoderarse de Puebla y de México. Que los tres mil o cuatro mil hombres de refuerzo pedidos ya a Francia, harían naturalmente la empresa más fácil y que podría ser necesario más tarde aumentar esos refuerzos hasta un número de ocho mil a diez mil hombres para pacificar y ocupar completamente el país y establecer sólidamente un gobierno estable y regular conforme al voto de la nación, pero expliqué a S. E. que fijaba esta cifra no porque la considerara indispensable para las operaciones de la campaña, sino sólo para asegurar el lustre de las armas contra toda eventualidad y llevar la empresa hasta su término, en razón de que al salir de Puebla convendría dejar allí una guarnición respetable y, ocupado México, deberían quedarse allí las tropas francesas apoyando al gobierno, entretanto que el ejército mexicano marcharía a perseguir al enemigo, posesionarse de los departamentos, establecer una autoridad y restablecer el orden en el interior, puesto que materialmente, para hacer la campaña sobre Puebla,

basta lo que existe y algo más que en estos días aumente el ejército mexicano, que trabaja en este sentido, o bien, que venga de Francia, debiendo advertir que llegando a Puebla, en pocos días organizaré un cuerpo de ejército de 10,000 hombres con el cual me comprometo a restablecer el orden en el país, marchando inmediatamente al interior, después de dejar en México establecido el gobierno provisional y apoyado por el ejército francés.

Como prueba de lo que acabo de exponer, puedo presentar los dos últimos hechos que acaban de pasar, primero la acción de guerra que di el 18 de este mes, en la que con sólo una parte de mi caballería y el 2º batallón del regimiento 99, derroté a cinco mil hombres de Zaragoza en campo raso, en menos de una hora y a pesar de ocupar el enemigo la parte dominante del terreno; esto lo han presenciado todos y el mejor testigo de esta verdad lo es el mismo ejército francés. Y, segundo, la retirada que a consecuencia de esta derrota practicó inmediatamente Zaragoza con sus fuerzas, abandonando la fuerte posición de las Cumbres de Acultzingo y yéndose a situar hasta San Agustín del Palmar, 14 leguas a retaguardia de dicha posición, lo cual, unido al hecho de haber enviado parte de ellas a Tehuacán, hace entender que desiste, por ahora, de tomar la iniciativa sobre nuestro ejército y nos autoriza para pensar que si hubiéramos adivinado la derrota que el enemigo iba a sufrir el domingo 18 y nuestras fuerzas hubieran estado más cerca del campo de batalla, es seguro que tras de los dispersos, nosotros hubiéramos llegado hasta Puebla y tal vez entrado en la ciudad; pero esto no podía preverse. Esto mismo dije a V. E. en nuestra conferencia y rectifiqué mi opinión con S. E. el señor general conde de Lorencez, la tarde del propio día que tuve el honor de corresponder su visita.

En cuanto a nosotros, V. E. es testigo de que trabajamos empeñosamente en aumentar el ejército mexicano, mejorar su material de guerra y ponerlo en perfecto estado de servicio y se han dado por este cuartel general las órdenes más terminantes a nuestras fuerzas del interior, para que hagan lo mismo y estén prontas a moverse a primera orden como lo verificarán cuando llegue la ocasión de abrir de nuevo la campaña.

Por lo demás, las muy respetables y ameritadas personas a quienes S. M. el emperador de los franceses ha confiado el desarrollo de su elevado pensamiento son, sin duda, las más a propósito, por su vasta capacidad, prestigio y sanas intenciones y estoy cierto de que llevarán hasta su término la grandiosa empresa que les está encargada.

S. E. el señor general de división don Juan N. Almonte, tan conocido, tan estimado y tan respetado en el país por sus honrosos antecedentes llenos de gloria, ha sido ya proclamado jefe supremo de la nación por las fuerzas mexicanas que han podido emitir libremente su opinión; las poblaciones por donde ha transitado han hecho lo mismo. Yo, que soy el general en jefe del ejército mexicano y que siempre he estado de acuerdo con S. E., acabo de reunírmele con parte de mis tropas y todas las demás quedan ya reconociendo a S. E. y, por consiguiente, a sus órdenes.

Las demás poblaciones lo reconocerán a proporción que vayan pudiendo expresar su voluntad y, una vez ocupado México, la paz y el orden se consolidarán en toda la nación.

Creo, señor ministro que, con lo expuesto, dejo bien explicada la situación y, por lo mismo, concluyo repitiendo a V. E. que siempre estoy dispuesto a trabajar cuanto sea necesario por el bien de mi patria y a no perdonar sacrificio alguno para alcanzar su felicidad.

Leonardo Márquez

PLENA APROBACIÓN
DE LA CONDUCTA DE WYKE POR SU GOBIERNO

Foreign Office, mayo 22 de 1862

Sir. Charles Wyke

Señor:

El gobierno de su majestad [S. M.] ha examinado sus despachos, en especial el último fechado en Orizaba el 11 de abril, relacionado con el general Almonte y con el acuerdo verbal tomado en la conferencia efectuada el 9 de abril.

El gobierno de S. M. se ha enterado que el convenio entre los comisionados de Gran Bretaña y España por una parte y los de Francia por la otra, ha terminado y que el almirante Jurien de la Gravière y Mr. Dubois de Saligny, han acordado marchar sobre México, mientras que usted y el general Prim opinaron que no habría razón para rechazar la reunión con los comisionados mexicanos que debería efectuarse en Orizaba el 15 de abril.

La diferencia de opinión entre los comisionados, se puede resumir en dos puntos principales. El primero se refiere a la protección dada al general Almonte por el ejército francés, contra la demanda presentada por el gobierno mexicano, solicitando su reembarque a Francia. El segundo punto se refiere a las diferencias establecidas por Mr. Dubois de Saligny en la conferencia de 9 de abril.

Mr. de Saligny insiste en este punto, en que es imposible negar que el objeto principal de la convención era obtener la satisfacción de los agravios infringidos a los extranjeros por el gobierno mexicano y obligar a dicho gobierno a cumplir con los tratados; que el sistema conciliatorio

adoptado hasta la fecha ha sido contraproducente, pues reinan la violencia y la extorsión, por lo que la situación de los residentes extranjeros se ha tornado intolerable; que constantemente llegan pruebas que confirman tales hechos; que el gobierno mexicano ha redoblado su audacia ante la actitud observada por las fuerzas aliadas; que él, por su parte, declara formalmente que no tratará con ese gobierno y, finalmente, que la marcha sobre México es una necesidad.

El gobierno de S. M. aprueba su conducta en lo que se refiere a ambos puntos, pues considera que la presencia del general Almonte, bajo la protección del ejército francés, podría ser justamente considerada como una provocación a la guerra civil. El gobierno de S. M. desaprueba las medidas tendenciosas, pues durante todo este tiempo el gobierno de México ha estado dispuesto a continuar las negociaciones con el objeto de obtener un arreglo pacífico de sus diferencias.

El gobierno de S. M. opina que usted actuó acertadamente ante la declaración de Mr. Dubois de Saligny de no tratar con el gobierno del Presidente Juárez, como al rehusarse a estampar su firma en la respuesta dirigida al general Doblado por los comisionados franceses y que de este modo la convención haya quedado rota y finalice la acción conjunta de las tres potencias aliadas.

El gobierno de S. M. reitera que la cooperación con Francia ha cesado y que los objetivos perseguidos en la convención de 31 de octubre, que podrían haber sido obtenidos en la conferencia del 15 de abril, han sido abandonados.

Al gobierno de S. M. le asisten razones para aprobar su determinación que coincide con las opiniones expresadas por el general Prim y que le es muy satisfactorio comprobar, han sido aprobadas por el gobierno de España.

No hay razón para repetir que la conducta adoptada por el gobierno de S. M. no ha impedido el reconocimiento, por parte del gobierno de México, de los agravios a los súbditos británicos. Dicho gobierno ha sido el primero en expresar su pena a aquellas personas que han solicitado la protección del gobierno de S. M., puesto que han actuado separadamente

de Francia y España e incluso han provocado desagrado entre las fuerzas navales y militares de dichas potencias.

Por otra parte, es evidente la repugnancia de los comisionados franceses a tratar con el gobierno del Presidente Juárez y, en consecuencia, faltar al respeto al pueblo mexicano.

El gobierno de S. M. no podía tomar otro camino aun incurriendo en el riesgo de una separación, tal como ha ocurrido.

Sin embargo, usted comprenderá que las relaciones amistosas entre Francia y Gran Bretaña continuarán, a pesar de la conducta observada por los comisionados del emperador de los franceses.¹

(John Russell)

¹ Original en inglés.

PARTE DE LEONARDO MÁRQUEZ
SOBRE EL COMBATE DE BARRANCA SECA

Excelentísimo señor general don Juan N. Almonte,
jefe supremo de la nación
Presente

Excelentísimo señor:

El 17 del presente a las cinco de la tarde, que a la cabeza de mi caballería llegué al rancho del Potrero, que está al pie de la montaña, por donde descendía mi tropa luchando con todas las dificultades del terreno, que es, como vuestra excelencia [V. E.] sabe, sobremanera escabroso y pendiente, supe por mis exploradores que el ejército francés se hallaba acampado en la hacienda de Tecamaluca y en virtud de esta noticia di mis órdenes al señor general don Domingo Herrán, para que reuniese la fuerza y permaneciese con ella en aquel lugar, esperando mis instrucciones, partiendo yo inmediatamente para dicha hacienda con objeto de conferenciar con V. E. En ella supe que su excelencia [S. E.] estaba en esta ciudad y seguí en el acto con el fin indicado, teniendo el honor de presentármele y conferenciar como lo deseaba.

Ya desde Tecamaluca había yo prevenido al señor general Herrán, que luego que estuviese reunida toda la fuerza, continuase en marcha hasta dicha hacienda, acampando allí aquella noche, para seguir por la mañana en los términos que expresaban las instrucciones que le di para el efecto. Pero como siempre calculé que el enemigo que ocupaba las Cumbres de Acultzingo, había de hacer cuantos esfuerzos pudiera para impedir el movimiento que ejecutaba mi caballería o al menos para cortar la parte de sus fuerzas que le fuera posible, salí de esta ciudad por la

mañana del 18 para ir a su encuentro y presenciar lo que ocurría, a fin de disponer lo conveniente.

Pronto vi que no me había engañado, porque uno de mis ayudantes de campo me avisó en el camino que el enemigo se hallaba al frente de mi caballería; redoblé el paso y al llegar a Barranca Seca, que es el punto en que se reúne el camino de la Cumbres que traían los contrarios y el del Potrero por donde venía mi tropa, encontré a ambas fuerzas ya formadas frente a frente una de otra a la distancia de tiro de mosquete. El enemigo constaba de mil caballos, estaba organizado en cuatro columnas, dos en el centro y dos en los extremos, cubriendo su frente con una línea de tiradores, aprovechando los accidentes del terreno que ocupaba y extendiéndose desde la montaña en que apoyaba su derecha hasta la loma que queda al otro lado del camino principal, por su costado izquierdo. Mi caballería tenía también una línea de tiradores al frente de los tiradores enemigos que ocupaban el mismo espacio; el señor general don José Domingo Herrán, que mandaba la derecha de la línea, tenía cubierto el puente por donde pasa el camino principal, con una guerrilla de 50 hombres y había situado dos columnas convenientemente, a retaguardia de sus tiradores, a las órdenes de los valientes coroneles don Antonio Salas y don Doroteo Vela. El señor general don Juan Vicario, ocupaba con su división el centro de la línea y a retaguardia de sus tiradores tenía también dos columnas, una a las órdenes del coronel (sic) don Juan Vicario y otra a las del denodado coronel don Ponciano Castro y el señor coronel don José G. Campos, cerraba la izquierda con su brigada, manteniendo otra columna a retaguardia de sus tiradores.

Es justo tributar aquí el debido elogio a los señores generales don José Domingo Herrán y don Juan Vicario, y al señor coronel don José G. Campos, que son los que establecieron la línea de este modo, conteniendo al enemigo y cubriendo la marcha de sus fuerzas que estaban aún acabando de salir de la montaña, todo en presencia de aquél, sin que éste pudiera impedir ni dar un paso adelante por las buenas disposiciones de los jefes mencionados.

En la situación expresada se pasó la mayor parte del día, sin que ninguna de las dos líneas se moviera de su puesto, entreteniéndose sólo

los tiradores en pequeñas escaramuzas de poca importancia; la enemiga sin atreverse a emprender nada y la nuestra sin poder verificarlo tampoco y ya, por la imposibilidad en que se hallaba a consecuencia del estropeo de la caballada y de la escasez de su armamento y ya también por lo mucho que disminuyó su fuerza, teniendo que enviar a esta ciudad toda la parte de ella que estaba completamente inútil.

Cerca de las cinco de la tarde se observó en el campamento enemigo la llegada de nuevas fuerzas de infantería y caballería, que habían sido colocadas desde mucho antes cautelosamente tras los accidentes del terreno que los ocultaba. En seguida rectificó su formación la línea de tiradores enemiga; se notó movimiento en sus columnas de caballería y, cuando creyeron tener asegurada la victoria, se arrojaron repentinamente las tres columnas de esta arma, del centro y de la derecha, mezcladas con otras dos columnas de infantería, de más de mil hombres cada una que ya se les habían incorporado y atacaron el centro de mi línea con tanto valor y decisión que lograron penetrar en ella, mezclándose las fuerzas contrarias y las mías en medio de la lucha más encarnizada. Al mismo tiempo, el ala izquierda del enemigo, formada de su columna de caballería de aquel costado y unida a otra de infantería igual a las anteriores, se arrojó con el mismo vigor sobre la derecha de mi línea; pero, menos feliz que sus compañeras, no logró llegar a mi campo y, antes bien, fue rechazada por los valientes que defendían aquel costado.

Apenas había comenzado la lucha de una manera tan decidida por ambas partes, cuando llegó a mi campo el 2º batallón del regimiento de infantería francesa número 99 que, para auxiliar a mi caballería, había hecho una marcha penosa de cinco leguas con una velocidad admirable y lleno de entusiasmo y de valor, tomó desde luego parte en la lucha mandado por su bizarro comandante Mr. Lefevre que, puesto a su cabeza, dictó hábil y activamente las disposiciones necesarias, las cuales fueron cumplidas por los valientes que lo obedecían. Sin pérdida de momento la guerrilla de vanguardia fue la primera que entró en combate, ejecutando un cuarto de conversión sobre la derecha y rompiendo sus fuegos sobre el ala izquierda del enemigo; la primera mitad de compañía marchó de

frente, dispersándose al mismo tiempo en guerrilla y rompió los suyos sobre el ala derecha de la línea enemiga que, como se ha dicho ya, había penetrado en nuestro campo y en él sostenía la lucha con la valiente división del bizarro general don Juan Vicario, que recibió una herida en aquellos momentos.

La segunda mitad de compañía hizo cuarto de conversión sobre la derecha y se posesionó del puente del camino que estaba en medio de los dos campos y por el cual pretendía pasar el enemigo. Otra mitad de compañía, marchó de frente para reforzar a la primera, porque allí era el punto de ataque del enemigo, en cuya virtud había cargado por aquel costado la mayor parte de sus fuerzas. En un momento se generalizó el combate; el intrépido comandante que mandaba la infantería, cargó denodadamente con el resto de su batallón formando en columna sobre el enemigo de nuestra izquierda, que se obstinaba en arrancar la victoria. Entonces fue cuando más brilló el valor y disciplina de los bizarros soldados franceses, que seguían el ejemplo de sus valientes jefes y oficiales. Al emprender su marcha el número 99, lo verificó también en su compañía la división de caballería del ameritado general don Juan Vicario, entretanto que la brigada del valiente coronel don José G. Campos que, como antes se ha dicho, cerraba la izquierda de nuestra línea, ejecutaba igual movimiento por su lado. Mucha era la obstinación del enemigo por conservar su puesto; pero fue mayor el arrojo de nuestros valientes que se lo quitaron por la fuerza, conquistando el terreno palmo a palmo y demostrando la afamada infantería francesa que con el valor y la disciplina se vencen las dificultades en la guerra y se alcanza la victoria en el campo de batalla.

Ya se había logrado arrojar al enemigo y comenzaban los vencedores a perseguirlo, cuando de repente fuimos acometidos con el mayor vigor por otra columna de infantería enemiga que apareció por nuestro flanco izquierdo, batiendo encarnizadamente a los que ejecutaban la persecución y pretendiendo envolvernos por aquel lado. Fue menester hacer alto para trabar la lucha con aquella columna; así se verificó sin perder momento; pero, aunque resueltos nuestros contrarios se empeñaban en pasar adelante, la columna de infantería francesa que con

arma a discreción marchó a su encuentro, decidió la cuestión en aquel lado, arrollando a la columna enemiga y haciendo que se declarase su derrota en aquel flanco.

También por la derecha de nuestra línea estuvo la lucha encarnizada; el valiente general José Domingo Herrán, que mandaba en aquel costado, sostuvo el combate denodadamente, peleando sin cesar contra fuerzas muy superiores a las suyas; la infantería francesa que se batía en su línea contrajo un grande mérito, porque siendo en tan escaso número dio ejemplo de arrojo y bizarría pasando el puente y yendo a batir al enemigo en su propio campo. La valiente división de caballería del general Herrán, unió sus esfuerzos a los de la infantería y pasando a la vez el mismo puente, logró batir y derrotar al enemigo en aquel lado y, emprendiendo desde luego su persecución, teniendo la gloria de reunirse en este movimiento con sus compañeros de armas que acababan de vencer en el flanco izquierdo y que seguían la persecución por aquel costado, la cual se continuó por espacio de una legua hasta la venta de San Diego.

Vuestra excelencia [V. E.] que conoce lo abierto del terreno en aquel lugar, comprenderá todo el estrago que sufrió el enemigo perseguido por nuestra caballería durante el combate, sin embargo de que tuve la satisfacción de defender yo mismo a los prisioneros, prohibiendo terminantemente que se les hiciera el menor mal y gocé a la vez el placer de ver a mis bizarros vencedores, luego que terminó la lucha, tender la mano de amigos a los mismos de quienes poco antes acababan de recibir una agresión tan encarnizada. Mil y 200 prisioneros de infantería y caballería, montados los de esta clase y armados todos, la bandera de un batallón tomada por la valiente infantería del número 99; muchos fusiles, mosquetes, lanzas, parque, etc., etc., fueron los trofeos de esta victoria y sus consecuencias V. E. las está palpando. Las fuerzas enemigas que acaudillaba Zaragoza en las Cumbres de Acultzingo, han abandonado esta fuerte posición y se han retirado hasta San Agustín del Palmar, que está catorce leguas a la espalda de dicho punto sobre el camino de Puebla, probablemente para replegarse a aquella ciudad en caso de ser atacada.

Tengo el honor de poner a disposición de V. E. 24 jefes y oficiales prisioneros, a quienes he guardado todo género de consideraciones.

Acompaño a V. E. marcados con los números del 1 al 3, los partes respectivos de los señores generales Herrán y Vicario y coronel Campos; bajo el número 4 verá V. E. la relación nominal de los jefes y oficiales prisioneros; bajo el número 5 el estado de los individuos de tropa que están en el mismo caso, los cuales como V. E. sabe, se hallan en libertad y defendiendo voluntariamente y con el mayor entusiasmo la causa santa de nuestra patria, que es lo que nosotros sostenemos. El número 6 es el estado de los heridos que tuvimos. El número 7 es el de los muertos y el número 8 es la relación del armamento y municiones tomadas al enemigo.

Réstame sólo manifestar a V. E. que los valientes que combatieron en esta función de armas todos cumplieron con su deber, dando en esta jornada una lección severa a los cabecillas Zaragoza, Tapia, Negrete y Álvarez. El primero que dispuso venir a derramar sangre de sus hermanos; el segundo que ejecutó sus órdenes; el tercero que le sirvió de segundo y el cuarto que mandaba la caballería.

Creo de justicia llamar la atención de V. E. respecto del comportamiento de los señores generales don Agustín Zirris y don José María Herrera y Lozada, quienes a pesar de no tener colocación, se presentaron en el momento del combate, movidos sólo de su valor y patriotismo. El primero fue empleado como cuartel maestre y el segundo prestó muy buenos servicios. De la misma manera hago presente a V. E. que el señor general Taboada, con la más grande actividad, desempeñó todas las comisiones que le confié, entre las que se cuenta la muy importante de venir hasta el Ingenio por la infantería, que condujo el mismo señor general, logrando que llegase en el momento más a propósito.

Y no puedo concluir este parte sin lamentar la sensible pérdida del bizarro coronel don Ponciano Castro, que murió a consecuencia de una herida recibida en lo más reñido de la lucha.

Aprovecho esta ocasión para reproducir a V. E. las protestas de mi alto respeto y distinguido aprecio.

Dios y Ley. Cuartel general en Orizaba, mayo 23 de 1862.

Leonardo Márquez

REGLAMENTO EXPEDIDO POR EL GOBIERNO PARA EL SERVICIO DE GUERRILLAS

El ciudadano Presidente Constitucional de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El ciudadano Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a los habitantes de la República, sabed:

Que en uso de las omnímodas facultades de que me hallo investido por decreto de 11 de diciembre del año próximo pasado, he tenido a bien decretar el siguiente:

Reglamento

Para el servicio de las fuerzas ligeras que con el nombre de guerrillas se formen para auxiliar las operaciones del ejército en la presente invasión extranjera y para la pacificación del país.

Organización de las guerrillas

Artículo 1.- Nadie podrá levantar guerrilla alguna sin la patente respectiva que le expedirá en el distrito el ministerio de la Guerra y en los estados los generales en jefe o comandantes militares de los mismos estados, donde los hubiere y donde no, sus respectivos gobernadores, debiendo unos y otros dar cuenta al ministerio para su aprobación, sin perjuicio de que el nombrado

organice su guerrilla y pueda comenzar desde luego el servicio a que se le destine.

2.- Toda solicitud de patente para la formación de guerrillas deberá presentarse acompañada de certificados, bien de jefes que hayan servido en el ejército constitucional o de las autoridades superiores del Distrito Federal, del estado o territorio donde resida el solicitante, que acrediten su aptitud, patriotismo y honradez.

3.- La guerrilla tomará el nombre del que ha obtenido la patente para levantarla: él será su comandante y no podrá resignar el mando en otra persona sin previa aprobación de autoridad facultada para expedir la patente.

4.- Ninguna guerrilla se compondrá de menos de 25 hombres montados y armados.

5.- Formada en el número y con los requisitos prevenidos en el artículo anterior, se admitirá la guerrilla en revista en la Tesorería general, en las jefaturas de Hacienda en los estados o en las administraciones de correos de los pueblos donde no hubiese aquellas oficinas. Desde este acto se considerará en activo servicio y con derecho a percibir los haberes que en este reglamento se les designan.

6.- La guerrilla que no pasare de 25 hombres se compondrá de un sargento primero, un segundo, tres cabos y 20 soldados. A cada nueve hombres que aumente se nombrará de entre ellos un cabo y, cuando aumentare en 19 hombres, se nombrará de entre este número otro sargento segundo. Viniendo la fuerza al número de 60 hombres de tropa, se organizará en una compañía compuesta de un capitán, que lo será el que obtuvo la patente para levantar la guerrilla, un teniente y dos alfereces, cuyos nombramientos propondrá el capitán acompañando certificados, como para él se han exigido, de patriotismo, aptitud y honradez de los propuestos, para su aprobación y expedición de sus patentes; de un sargento primero, tres segundos, seis cabos y 50 soldados. Si la fuerza aumentare a dos compañías, se formará un escuadrón de que será

comandante el capitán de la primera compañía, pasando a cubrir la plaza que él deja el capitán de la segunda, la de éste el teniente de la primera y así sucesivamente se seguirán alternando; del mismo modo se cubrirá toda vacante, cualquiera que sea la causa porque ocurriere.

Servicio

7.- Luego que se dé de alta una guerrilla, quedará a las órdenes del jefe de la plaza, haciendo el servicio que allí se le designare, entretanto se le mande que expedicione por otros puntos.

8.- Cuando se le mande a campaña no podrá desviarse del camino que se le determine, sino por causas graves que justifique, ni separarse del teatro que se le demarque para sus operaciones. Solamente lo podrá hacer, salvo orden expresa en contrario del general en jefe porque así lo exijan las circunstancias, en persecución de alguna partida de malhechores o ladrones que aparecieren cerca del territorio que ha de recorrer, habiendo probabilidad de alcanzarla o cuando por la autoridad se le pidiere este auxilio. Prestado el servicio, pondrá a los malhechores a disposición de la autoridad y volverá inmediatamente a su destino.

9.- Cuando dos o más guerrillas tengan que operar simultáneamente, tomará el mando el jefe más caracterizado o de mayor graduación. Ésta se calificará por el mando en guerrilla de los respectivos comandantes, sin tener en cuenta otros despachos militares. En igualdad de circunstancias preferirá la antigüedad, tomada de la fecha de la patente.

10.- El servicio del guerrillero durará seis meses y antes de este tiempo no podrá dejarlo sin causa justificada y con aprobación del ministerio de la Guerra, del general en jefe de quien dependa, del comandante militar o, si no lo hubiere, del gobernador del estado donde solicite la baja.

Obligaciones

11.- Es obligación del comandante o jefe de la guerrilla:

1ª- Estar siempre preparado y listo con su fuerza para ponerse en marcha y emprender desde luego las operaciones que se le prevengan.

2ª- No salir del radio que le designe el general o jefe a cuyas órdenes esté, salvo en los casos comprendidos en el artículo 8º, no habiéndola expresa en contrario.

3ª- Llevar una libreta rubricada en los términos de costumbre por el jefe de la oficina donde fuere dada de alta la fuerza y con la anotación del número de fojas que contiene. En esta libreta asentará la cantidad que en dinero o en efectos, cuyo valor hará constar, se le suministre y la partida será firmada por la autoridad, empleado o particular que le diere el auxilio, expidiéndole él sin excusa ni pretexto el recibo, si se le pide, de lo que se le hubiere dado.

4ª- Presentar cuando pidiere auxilio el documento de revista del mes, el presupuesto y la libreta para que se confronte lo que vence su fuerza con lo que haya recibido, no pudiendo exigirlo si estuviere cubierto hasta el día que lo pide, a no ser que tuviere que salir a puntos donde sea imposible que se los proporcionen, pues, entonces, los podrá pedir para un tiempo que no pase de cinco días y tomando siempre en consideración las facultades de la población para no exigir más de lo que sin grande sacrificio pueda proporcionársele.

5ª- Pasar revista en los cinco primeros días de cada mes, formando de ella cinco juegos de listas para conservar uno en su poder, dejar otro en el del empleado ante quien la pase y remitir los otros tres al ministerio de la Guerra, a la Tesorería general y a la comisaría del cuerpo de ejército a que pertenezca, todos autorizados por dicho empleado. Igualmente formará tres presupuestos, uno para la Tesorería general, otro para la

comisaría del cuerpo de ejército a que pertenezca y otro para su pagaduría.

6ª- Cuidar de que sus subordinados observen buena conducta, evitando que atropellen a los ciudadanos o que cometan otras violencias contra sus intereses, siendo personalmente responsable cuando al atropello, robo o desorden no siga inmediatamente el castigo respectivo, si fuere de sus facultades o la consignación del delincuente o delincuentes al juez que corresponda, en cuyo caso con sólo esto quedará libre de toda responsabilidad.

Remuneraciones

12.- El haber del comandante de una guerrilla será de 60 pesos cada mes, 38 el del sargento primero, 35 los segundos, 32 los cabos y 30 los soldados, siendo de su cuenta todo gasto personal y el de la manutención de su caballo. Cuando la guerrilla pase a formar compañía o escuadrón, sus jefes y oficiales disfrutarán los sueldos designados a su clase en la caballería del ejército permanente.

13.- Si por actos distinguidos de valor o por otros servicios especiales se consideraren algunas guerrillas o algunos individuos de los que la componen dignos de una especial remuneración, el jefe así lo representará al Supremo Gobierno, para que éste resuelva lo que estimare por conveniente.

14.- Los servicios prestados en las guerrillas, sirven de título para que sus individuos sean considerados cuando aquéllas fueren disueltas, en la colocación de empleos vacantes.

15.- Los ciudadanos que hayan prestado el servicio de guerrillas por el tiempo designado en el artículo 10, quedarán por doble tiempo exceptuados de cargos concejiles y de todo servicio militar forzado. Para que puedan justificar esta excepción se hará constar en el documento de baja que se les dé, que han cumplido con el servicio en virtud del cual se les concede. También gozarán de este beneficio, aun cuando no hayan servido el tiempo

prefijado, si por no ser ya necesario a causa de haber cesado la guerra, se les mandase poner en receso.

Penas

16.- Los guerrilleros, desde el día en que se pongan en servicio, quedan sujetos a la ordenanza general del ejército y, por consiguiente, a las penas que este código y demás leyes militares imponen por las faltas de subordinación a la disciplina y por los demás delitos que ellas comprenden.

17.- El atentado contra las personas y los bienes de los particulares, serán castigados con pena de muerte, según las fracciones 1ª, 2ª y 3ª del artículo 4º y el artículo 27 de la ley de 25 de enero del presente año.

18.- Todo individuo de una guerrilla que fuere receptor de robo en despoblado, sufrirá la pena de muerte, según el artículo 29 de la citada ley, sujetándose en los demás casos a las disposiciones generales de la misma.

Artículo transitorio

Los guerrilleros que han obtenido patentes y se hallan dentro del distrito, ocurrirán al ministerio de la Guerra con los justificantes que este reglamento requiere, a fin de que sus patentes les sean revalidadas en el término de ocho días. Los que estuvieren fuera de él, lo verificarán ante el general en jefe, comandante militar o gobernador del estado en que se encuentren, dentro del mismo término, contado desde la publicación de este reglamento en el estado en que estuvieren. Si pasado este tiempo no verificaren la presentación, serán reputados como malhechores y castigados con las penas respectivas.

Por tanto, mando se publique y se le dé cumplimiento.

Palacio del Gobierno Nacional en México, a 23 de mayo de
1862.

Benito Juárez

Al ciudadano general Miguel Blanco, ministro de Guerra y
Marina.

Y lo transcribo a usted para su inteligencia y fines consiguientes.

Libertad y Reforma. México, etc.

(Miguel) Blanco

LAS INTRIGAS LOCALES MANIATAN
AL GOBERNADOR DE DURANGO

Durango, mayo 25 de 1862

Señor general don Miguel Blanco
México

Mi muy apreciable y distinguido amigo:

La orden oficial que por el ministerio del digno cargo de usted se me ha comunicado para que remita el resto de este contingente y me quede yo en este gobierno, trastorna todas mis disposiciones y me coloca en una posición muy difícil, de la que no podré salir si no es renunciando este puesto.

Debe usted comprender que las rencillas, cuestiones y verdaderos chismes de casa de vecindad con que incesantemente me hostiliza esta Legislatura, negándose además a obrar de acuerdo conmigo con un espíritu de concordia más necesaria que nunca en las presentes circunstancias, han venido a crearme una situación embarazosa que enerva la acción del gobierno, le disminuye el prestigio y respetabilidad, desacredita al estado, hace infructuosos sus elementos en esta crisis y vuelve de todo punto imposibles el auxilio y cooperación de Durango en la suprema lucha que la nación sostiene. Así que mi salida de este puesto, bien sea renunciándolo o bien yendo a la cabeza de la brigada, podrá ser un hecho de feliz resultado para que terminen las enconosas desavenencias que hoy traban la uniforme acción del gobierno y la Legislatura, así para consolidar aquí las instituciones, como para que el estado lleve los deberes que como parte integrante de la República está llamado a cumplir en la presente crisis.

Yo suplico a usted que, dando a todas estas consideraciones el peso que merecen y en obsequio de la amistad con que en otro tiempo me ha favorecido, se sirva influir con el señor presidente para que me permita salir a la campaña, a la que mis propios deseos me llaman y las expresadas circunstancias me compelen.

Sírvase usted no llevar a mal mi molestia y tenerme en el concepto de su muy adicto amigo, atento y seguro servidor q. b. s. m.

José María Patoni

LAS TROPAS MEXICANAS
ESTÁN A "MEDIO SOCORRO"

Puebla, mayo 25 de 1862

Señor Presidente don Benito Juárez
México

Muy estimado amigo y señor:

Para su debido conocimiento remito a usted, en copia, la carta fecha de ayer que me escribe el señor coronel Couttolenc.

Tengo tomadas ya todas las medidas necesarias para impedir que Márquez se aproxime a este estado y redoblaré mi vigilancia en este sentido.

Según el aspecto que va tomando la cuestión extranjera, comprendo la urgencia de activar la pronta organización del mayor número de fuerzas posible; mas como mi situación sea muy difícil, pues me hallo precisado a dar sólo medio socorro a la tropa que está actualmente en servicio, espero que el gobierno se servirá proporcionarme un subsidio seguro y permanente.

Me repito de usted, señor presidente, afectísimo amigo y adicto servidor q. b. s. m.

José María González Mendoza

SEWARD CONDICIONA SU ACTITUD FRENTE A MÉXICO
A LOS RESULTADOS DE LA GUERRA DE SECESIÓN

Washington, mayo 25 de 1862

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

El señor Barreda me refirió confidencialmente el resultado de una conferencia que tuvo hace poco con Mr. Seward que, por ser de grande importancia, me apresuro a comunicar a usted.

Mr. Seward dijo que el emperador de los franceses estaba decidido a intervenir en los asuntos de este país (Estados Unidos) y que habría intervenido ya, a no ser por los triunfos obtenidos por este gobierno; pero que si sufría algún descalabro en Richmond o en Corinto, la intervención era segura. Agregó que este gobierno estaba resuelto a oponerse hasta el último extremo a tal intervención, que tuviera por base la independencia del sur y, que si llegaba el caso, no se detendría ante consideración ninguna para sofocar la rebelión y aun llegaría hasta el extremo de proclamar la libertad de los esclavos, si era necesario, cuya medida se había abstenido hasta ahora de tomar, más bien por consideración a la Europa que por algún otro motivo.

El señor Barreda le preguntó si, establecido en la Ciudad de México un gobierno bajo la presión de las bayonetas francesas, sería reconocido por los Estados Unidos, a lo que Mr. Seward contestó que no, aunque dijo que podría llegar el caso en que tuvieran que reconocerlo.

Todo depende ahora, al parecer, del resultado de las batallas pendientes. Si las ganare este gobierno, su posición no será tan ventajosa que pueda desafiar a la Francia. Quedará con poca diferencia, en el mismo estado que guarda ahora; si las perdiere y, como consecuencia de

ello viniere la intervención europea, o abandonará enteramente a México a su propia suerte o hará una alianza con nosotros para pelear contra el enemigo común. Procuraré, hasta donde me fuere posible, conseguir este resultado.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

ZARAGOZA SE MUESTRA ENTERADO
DE PROBLEMAS DE ARTILLERÍA

Ixtapa, mayo 26 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

No me cansaré de repetirle que, sin perjuicio de mandarme dinero que el gobierno ha destinado para este cuerpo de ejército, active la remisión de víveres que nos hace mucha falta; le recomiendo a usted también, muy especialmente, que atienda con los recursos necesarios a las fortificaciones y maestranza.

Como usted no me explica cuál es la causa, porque algunas granadas de a 24 no sirven para los obuses de batalla, no comprendo en qué consista el defecto, porque esas granadas belgas están examinadas por oficiales facultativos del arma y bajo todos capítulos son adecuables al uso de la artillería de batalla; es verdad que estaban destinadas al servicio de los cañones belgas y por esta razón acaso tengan el salero cilíndrico o cóncavo en más de un tercio del diámetro de la granada, circunstancia que podrán disminuir su viento, pero el remedio es bien llano, pues basta entonces poner otro salero. Puede suceder también que algunas de esas granadas en lugar de espoleta de madera, tengan una de plomo de moderna invención; pero tampoco esto es un obstáculo, porque también estas espoletas están calificadas de útiles y basta saber hacer uso de ellas, para que corresponda a los efectos del cálculo que se practica en el tiro. Con que, siendo de un mismo calibre las granadas de 24, si las de

que habla el señor Inclán no son de calibre mayor de 15 centímetros, que es el que le corresponde a aquéllas, no hay razón para declararlas inútiles.

Consérvese usted bueno y cuente siempre con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

Escobedo se queja que ya no le da usted reemplazos; que ha prohibido la leva único medio con que se puede hacer soldados en Puebla. Le recomiendo mucho siga dándoles remplazo tanto a Escobedo como a los cuerpos de Oaxaca, que manda el coronel Espinosa.

Ignacio Zaragoza

EL GENERAL ROSAS LANDA COLECTA FONDOS
PARA LOS FAMILIARES DE LAS VÍCTIMAS
DE CHALCHICOMULA

Casa de usted, mayo 26 de 1862

Excelentísimo señor Presidente de la República,
ciudadano Benito Juárez
Presente

Respetable amigo y señor:

Desde que tuvo lugar el incendio del parque en Chalchicomula, me propuse reunir algunos fondos entre mis amigos para auxiliar a las familias de los que perecieron a consecuencia de aquel desgraciado suceso, y en efecto he reunido trescientos tres pesos que tengo la honra de remitir a usted, suplicándole los ponga a disposición de quien corresponda, para que se empleen en el objeto expresado, recibiendo en mi afán una muestra de la simpatía que tengo por Oaxaca y que usted conoce hace muchos años.

Saludo a usted con la mayor atención y afecto, como su adicto amigo y servidor q. b. s. m.

Vicente Rosas Landa

JUÁREZ
AGRADECE LOS DONATIVOS

México, 28 de mayo de 1862

Señor general Vicente Rosas Landa

Muy señor mío de mi aprecio:

He tenido el gusto de recibir la apreciable de usted de 26 del actual, con los \$303.00 que se sirvió usted coleccionar entre sus amigos, con el filantrópico fin de auxiliar a las familias de los desgraciados que perecieron en el desastre de San Andrés Chalchicomula.

Por el próximo correo remito esta cantidad al señor gobernador de Oaxaca, suplicándole la reparta de la manera más equitativa y doy a usted las gracias más expresivas y sinceras por este acto humanitario que prueba sus filantrópicos sentimientos, sirviéndose usted, como se lo suplico, darlas de mi parte a todas las personas que, invitadas por usted, han contribuido a reunir esta suma.

Soy de usted afectísimo amigo, seguro servidor q. b. s. m.

Benito Juárez

INFORME DE SALIGNY
SOBRE LA BATALLA DEL 5 DE MAYO

Orizaba, 26 de mayo de 1862

Al ministro de Relaciones Exteriores de Francia

Al dejar nuestra etapa de Quecholac, el 3 de mayo en la mañana, estaba convencido de que mis próximos despachos a su excelencia [S. E.] serían fechados en Puebla, sí acaso en México. Y es de Orizaba de donde tengo el honor de escribirle hoy 26 de mayo.

S. E. encontrará aquí bajo el número 1, un trabajo que contiene un resumen completo y tan sucinto como me ha sido posible hacerlo sin dañar a su claridad, de los hechos que habían ocasionado la situación tal como estaba el 26 de abril y de los que se han realizado desde esta fecha hasta el 24 de mayo.

La lectura de este documento y de las piezas que lo acompañan, debe bastar para informar al gobierno del emperador sobre las verdaderas causas de esta retirada tan inesperada y sobre la parte de responsabilidad que toca a cada uno; agregaré, sobre ello, poca cosa.

Dije y es un hecho histórico, que la ciudad de Puebla había sido en el curso de la guerra civil tomada y vuelta a tomar 20 veces, en más de una circunstancia por fuerzas compuestas por mexicanos voluntarios que no se elevaban a más de 2,000 a 3,000 hombres. Es cierto que nunca, hasta el 5 de mayo, se había atacado por la fortaleza de Guadalupe, que había sido considerada siempre sin más importancia que la de asegurar la retirada de un ejército imposibilitado para mantenerse en la ciudad.

El Estado Mayor pretende que las reglas del arte prescribían atacar Guadalupe. Es una cuestión que no estoy capacitado para juzgar. Pero, a pesar de todo mi respeto por las reglas del arte, no puedo pasar en

silencio un incidente que viene en apoyo de la opinión contraria a la del Estado Mayor.

En el asalto, el comandante de los cazadores de a pie, Sr. Mangin, al llegar al pie de una muralla intacta, destacó a su derecha dos compañías que, lanzándose entre la ciudad y el fuerte, habrían tomado la ciudad por este lado, si todo el batallón las hubiera seguido, en lugar de ser inútilmente lanzado contra un obstáculo materialmente infranqueable. Estas dos compañías ejecutaron su retirada a través de una llanura de dos kilómetros, a pesar del fuego de cuatro cañones, los ataques de 700 a 800 jinetes y de 2,000 a 3,000 hombres de infantería. De este hecho, que da por sí solo una idea exacta de lo que valen las tropas mexicanas en campo raso, se tuvo cuidado de no decir ni una palabra, en la discusión sobre la retirada. No fue sino por casualidad, y desde hace tres días solamente, que lo supe. Ignoro si el general habla de ello en su informe.

Sea de ello lo que fuere y aun colocándose desde el punto de vista del arte, invocado por el Estado Mayor ¿por qué no se esperaron para asegurarse del estado de cosas en la ciudad y tratar de establecer allí espías? ¿Por qué no se tomaron ni siquiera el tiempo de hacer un reconocimiento serio de la fortaleza?

Por lo demás, para todo el que quiera tomarse la molestia de reflexionar, resulta de los términos mismos de la orden del día, publicada el 21 de mayo y de la cual adjunto aquí copia bajo el número 2² que el general de Lorencez está muy preocupado por la responsabilidad que asumió y que él querría, en vano, arrojarla sobre los que según él le dieron informes engañosos.

Se le había dicho, en efecto, que si entraba a Puebla sería recibido con aclamaciones por la población - la más reaccionaria de todo el país-, que le erigiría arcos de triunfo y cubriría con flores a nuestros soldados. Pero, al menos, era necesario para eso que él supiera entrar en la ciudad.

En cuanto a Zaragoza, el general de Lorencez debía suponer, sin que se le hubiera advertido, que probablemente estaba ocupado en otra

² El documento está en el capítulo LVI.

cosa que trenzar coronas de flores y erigir arcos de triunfo para recibírnos.

Cobos llegó ayer con 1,200 infantes, 500 jinetes, 200 artilleros y seis piezas de montaña y se apresuró a ponerse a la disposición del general Almonte. Si se le da crédito, él no tuvo nada que ver con la defección de Zuloaga al que condena abiertamente por su conducta.

Las explicaciones dadas por Cobos no son quizá tan concluyentes como sería de desear, pero parece sinceramente decidido -y es lo importante hoy- a reconocer la autoridad del general Almonte.

Alphonse (Dubois) de Saligny

MEMORIA DE A. DE SALIGNY,
DE LA LEGACIÓN DE FRANCIA EN MÉXICO³

Orizaba, 26 de mayo de 1862

Ministro de Relaciones Exteriores de Francia

Dos días antes de ponerse en marcha de Orizaba sobre Puebla, es decir, hace justamente tres semanas, el general conde de Lorencez escribía a París que esperaba que el emperador no se dejaría desanimar por los informes del señor Almirante Jurien de la Gravière, ni abandonaría una empresa en la que el general de Lorencez veía el éxito fácil y asegurado.

Hoy, el general sostiene un lenguaje muy diferente: si se le da crédito, el emperador, engañado por informes inexactos, fue lanzado a una aventura, a una empresa imposible o que, al menos, exigiría, para ser llevada al buen fin, enormes sacrificios en hombres y en dinero.

¿Cuáles son las causas que han podido, en este corto espacio de tiempo, cambiar de un modo tan completo las ideas y las miras del general? ¿Cómo si el 26 de abril veía el buen éxito fácil e infalible, ha sido persuadido a creerlo, si no imposible, al menos más que dudoso? Para los que juzgan las cosas con sangre fría e imparcialidad, la facilidad con la cual nosotros hemos operado nuestra marcha de Orizaba hasta Puebla, después nuestro movimiento retrógrado de Puebla hasta aquí, lejos de justificar este cambio de opinión del general, lo vuelve completamente inexplicable. El ataque contra Guadalupe, ataque hecho con tanta precipitación, no ha sido sino uno de estos accidentes tan frecuentes en la guerra, accidente lamentable, sin duda, que tal vez no hace gran honor a la prudencia, a la circunspección ni a la habilidad de

³ Documento anexo al informe de Saligny que marca con el número 1.

los jefes, pero que ha sido más bien glorioso para los soldados, que ha servido para probar una vez más que nuestro ejército es el primer ejército del mundo y que, en todo caso, no cambia en nada el fondo de la situación sin el movimiento de retirada que le siguió.

El juicio llevado a Madrid y a Londres, tanto como a París, sobre los actos de los plenipotenciarios de las potencias aliadas, me exime de hacer aquí la crítica de las faltas que se han cometido, desde el principio de la intervención, desnaturalizando el pensamiento que la había dictado y cambiando de una manera tan grave como inesperada una situación excelente en un principio.

Poco dispuesto, por naturaleza, a volver sobre los hechos consumados para buscar allí pretexto a recriminaciones personales que ya no tienen objeto, guardaría sobre el pasado un silencio absoluto, si el deber que me incumbe de librar la responsabilidad del gobierno del emperador y la mía de actos que nosotros no hemos podido ni prever ni impedir, no me obligara a algunas reflexiones retrospectivas sobre los acontecimientos que han dificultado hasta el presente y hecho menos fácil la ejecución de la voluntad de su majestad ilustrísima [S. M. I.] Voy a esforzarme en cumplir este deber con una entera imparcialidad y una gran indulgencia para las personas, limitándome a juzgar fríamente los hechos en sí mismos y en sus inevitables consecuencias.

Mi firme convicción, la de todos los hombres al corriente de las cosas de este país, es que si el almirante Jurien en lugar de actuar desacertadamente siguiendo los pasos del general Prim y de Sir Charles Wyke, en sus negociaciones sin dignidad como sin resultado práctico posible, hubiera marchado resueltamente hacia adelante con su pequeño cuerpo de ejército, habría llegado hasta Puebla y probablemente hasta México sin dificultades serias y acaso sin disparar un solo tiro. Puedo citar al respecto una autoridad de la cual nadie, supongo, pensará comprobar la competencia, la del general (López) Uruga. En el momento de mi paso a la Soledad el 16 de diciembre y más tarde, en nuestra entrevista del 25, el general (López) Uruga me confesó que no tenía para oponernos sino alrededor de 1,200 hombres mal armados, medio desnudos; necesitaba por lo menos un mes o seis semanas para recibir los

primeros refuerzos que se le prometían, 2,000 o 3,000 hombres de las guardias nacionales de Oaxaca y de Morelia. En esta situación, toda resistencia de su parte era imposible y el general me pidió, como un servicio, que hiciera todo lo que de mi dependiera para impedir a los españoles avanzar adelante de los franceses. Si él debía rendir su espada, quería que fuese a un oficial francés. En cuanto a rendirla a un español, se suicidaría antes que sufrir tal humillación.

Mi carta del 1º de enero de 1862, contenía un relato muy circunstanciado de esta entrevista del 25 de diciembre y por ella se ha sabido en París, en qué disposiciones había dejado al general (López) Uruga.

El gobierno de Juárez, que no podía prever el giro que iban a tomar las deliberaciones de los plenipotenciarios aliados, sintió la imposibilidad de sostener la lucha contra nosotros y todas las opiniones de México estaban de acuerdo entonces en anunciar que hacía los preparativos para abandonar la capital a la primera noticia de nuestra marcha, retirándose a algún estado lejano. Se suponía que se dirigiría a Morelia en Michoacán, estado de un acceso bastante difícil. Por lo demás, era el único partido que podía tomar Juárez, pues sabía que en el momento en que marcháramos sobre la capital, el general Robles (Pezuela), que todos los generales del partido conservador habían aceptado por jefe, debía reunir bajo sus órdenes a todas sus fuerzas, alrededor de 10,000 a 12,000 hombres y actuar de acuerdo con nosotros. Esto es lo que hubiera ocurrido, pues, a Juárez y a su gobierno, si el contingente francés hubiese marchado en seguida sobre México, según la voluntad del emperador y, desde los primeros días de febrero, nosotros hubiéramos encontrado instalado en la capital un nuevo gobierno con el cual no habríamos tenido ninguna dificultad para entendernos, tanto sobre el arreglo de nuestras reclamaciones como sobre las medidas a tomar para el establecimiento, por la nación misma, de un gobierno definitivo, estable y regular.

No podré repetir suficientemente que, en mi convicción tanto como en la de los hombres que conocen México, comenzando por aquellos que más dudaban del éxito, este plan era de ejecución sencilla, infalible. La gran objeción que se hace a esto, yo lo sé, es la falta absoluta de medios

de transporte. Esta objeción, por muy aparente que sea, no tiene nada de serio en el fondo y es fácil de probarlo.

Un ex ayudante de campo del general Corona - el último ministro de la Guerra bajo Miramón- , el señor comandante Ferro, hombre resuelto y de mucha influencia en el ejército, se había dirigido hacia fines de diciembre a Veracruz donde permaneció, no sin peligro para su persona, hasta el arresto de Miramón. Cada mañana venía a ofrecerme poner a nuestra disposición, en un plazo de tres a cuatro días, un cuerpo de 1,000 jinetes, con los cuales se encargaría de detener y de traernos, provistos de su atalaje y de sus arrieros, todas las carretas que (de) la Llave y (López) Uraga estaban retirando al interior del país. Una vez asegurados nuestros transportes, el comandante Ferro, con su tropa, debía unirse a nosotros para guiar nuestra marcha y encargarse de proteger nuestro convoy. Por lo demás, no pedía nada más que la ración del soldado para sus hombres, en tanto que él actuaría de acuerdo con nosotros.

Habiendo rehusado el almirante este ofrecimiento porque quería abstenerse de todo acto de hostilidad contra el gobierno de Juárez -como si la ocupación de Veracruz por los aliados no fuera un acto de hostilidad-, yo volví al ataque durante cerca de un mes, con una impaciencia llevada hasta la importunidad, pero que no logró vencer la resistencia del almirante.

Al negociar con Juárez, en lugar de actuar con vigor y decisión, se le dio el tiempo para organizar los medios de resistencia y, como si se tuviera interés en que nada faltase a los errores cometidos, en vano me esforcé por lograr que se ocupase Tampico, conforme a la voluntad de los gabinetes aliados o que, al menos y en ausencia de los medios materiales necesarios para esta ocupación, se bloquease este puerto y el de Matamoros sobre el Río Grande.⁴ No es sino a fin de marzo o en los primeros días de abril, que se puso en ejecución este bloqueo, de lo cual hasta ahora no estoy muy seguro, y Juárez ha podido así, recibir de los Estados Unidos socorro en armas y municiones de toda clase.

⁴ Se refiere al Río Bravo.

Pero la actitud tomada frente al gobierno de Juárez por los plenipotenciarios aliados debía tener otras consecuencias más desastrosas aún.

Mientras que los miramientos verdaderamente inexplicables, guardados hacia nuestro enemigo, le daban la fuerza moral que le faltaba, ellos llevaban la desconfianza, el desaliento y hasta la exasperación a las filas de los conservadores. Los jefes militares de este partido hablaban de traición, se quejaban amargamente de Francia, con la que habían contado sobre todo y hay que convenir que sus quejas, sus acusaciones, tomaban cierta apariencia de fundamento por las negociaciones secretas seguidas por el almirante con Doblado, quien no trataba sino de comprometerlos frente a nuestros aliados naturales, al esforzarse, de acuerdo con algunos jefes comprados a base de dinero, en dividir al partido conservador y en ganarse a una parte de él en nombre de la independencia nacional amenazada por el extranjero.

Tres causas principales debían hacer fracasar la intriga hábilmente urdida por Doblado: primero, la llegada del general Almonte; después la protección declarada que le fue otorgada a nombre de Francia; en fin, el ascendiente ejercido por el infortunado general Robles Pezuela, quien desplegó en estas circunstancias difíciles tanta actividad como prudencia y talento. Después de haber instruido y tranquilizado completamente a todos los jefes influyentes del partido conservador, llegaba, provisto de sus plenos poderes y de los de Vidaurri y Comonfort, para entenderse con el almirante Jurien, cuando fue arrestado el 20 de marzo y fusilado el 23 por orden del gobierno de México.

Este asesinato, cuyos verdaderos autores son conocidos del gobierno del emperador, no ha sido solamente, como lo escribí en aquella ocasión, una mancha indeleble y una pérdida irreparable para México, sino ha sido un golpe funesto dirigido a nuestra política. Los últimos acontecimientos de que voy a rendir cuenta no han hecho más que probarlo. Sin embargo, los esfuerzos intentados por Robles (Pezuela) en las últimas semanas de su existencia, para tranquilizar a los jefes del partido conservador sobre las intenciones de Francia y reunirlos alrededor de nuestra bandera, no fueron en vano y sí se tiene que

lamentar que algunos hombres sin conciencia y sin prestigio, como Zuloaga, se hayan dejado arrastrar por las intrigas de Doblado, para desertar; para ser justo, hay que reconocer que salvo raras excepciones, casi todos los jefes importantes del partido se han mostrado inmovibles, sobre todo desde la partida del almirante, en su resolución por secundar nuestra política y que varios de los generales conservadores, que el odio a los españoles había momentáneamente incorporado a Juárez, no pedían sino unirse a nosotros. Si se hubiesen sabido o querido aprovechar estas disposiciones, nosotros seríamos, actualmente, dueños de México.

Desgraciadamente he comprobado, hace ya mucho tiempo, que existía entre el general de Lorencez, pero más aún en su jefe de Estado Mayor, una decisión de tratar a todos los mexicanos, sin distinción de partido, de rango, ni de carácter, con un soberano desprecio y como a gentes de una raza evidentemente inferior; de rechazar con desdén a los que nos ofrecían su ayuda y de poner una afectación a menudo tan pueril, como ofensiva, de actuar en este país como en tierra conquistada.

"El ejército francés, donde quiera que se encuentre, es amo absoluto y tiene el derecho de hacer todo lo que quiera", tal es la respuesta invariable del señor coronel Valazé a las observaciones, a las quejas que llegan de todos lados. Por lo demás, esta extraña teoría que encuentra adeptos en el Estado Mayor, no se pretende aplicarla solamente a los indígenas. No se actúa con más ceremonia hacia todos aquellos que no portan espada, cualquiera que sea su nacionalidad. No se hace excepción en favor de los franceses, comenzando por el plenipotenciario de su majestad que el jefe de Estado Mayor declara con imperturbable aplomo que no es sino un subordinado del general en jefe y de él mismo, cuyo lugar está entre los equipajes y que su lugar está, a sus ojos, sino después del último oficial del ejército.

Mi carácter de representante del emperador me obligaba a no tolerar groserías e injurias que como hombre me hubiera tal vez permitido perdonar, en recuerdo de antiguas relaciones de familia que se remontan a más de 30 años y que pueden, por otra parte, explicarse, si no justificarse, por una especie de monomanía furiosa con raras

intermitencias de razón. Pero el temor de agravar el mal y de comprometer aún más el bien del servicio, por un enojoso estallido, me ha decidido a imitar el ejemplo del general Almonte, oponiendo cada día una calma y una paciencia imperturbables a los insultos más graves y más directos y a esperar el momento en que el emperador, informado de lo que pasa, dé sus órdenes para hacer cesar un escándalo sin ejemplo que pone en peligro, a la vez, la disciplina del ejército, los intereses de nuestra política y la dignidad misma del gobierno de su majestad.

Al escribir hace tres semanas para anunciar que Gálvez había venido a unirse a nosotros con los 250 hombres colocados bajo sus órdenes, decía que su ejemplo encontraría más de un imitador en el ejército de Zaragoza y que ya el general Negrete, antiguo ayudante de campo de Robles, que se encontraba en Tehuacán con 1,200 hombres, parecía decidido a adherirse a nosotros.

La conducta inexplicable de nuestros jefes militares y de su Estado Mayor, ha hecho malograr las esperanzas que era permitido concebir al respecto.

Gálvez es uno de los que han hecho más daño al gobierno de Juárez; atrincherado en la posición del Monte de las Cruces, a ocho leguas de México, con una fuerza que no ha excedido jamás la cifra de 700 a 800 hombres, ha tenido al gobierno de México herméticamente bloqueado durante un año y en un solo mes no solamente ha vencido, sino destruido completamente tres cuerpos de ejército enviados contra él, entre otros, los de Degollado y de Valle. Agregaré que de todos los jefes del partido conservador, él es el único quizá a quien no se ha tenido que reprochar jamás ningún acto de crueldad ni ningún exceso. En lugar de acogerlo como un auxiliar precioso, como la política lo aconsejaría, en lugar de mostrarle las consideraciones a las cuales tenía derecho, se le ha tratado como a una especie de bandido, que no valía poco más que los Carbajal y los Cuéllar. No hay humillación que no se le haya hecho a él y a sus soldados, cuya desnudez ha dado motivo a mil bromas y a quienes se ha recibido más bien como a mendigos que como a auxiliares.

¿Habrá que extrañarse después de esto, de que los que se aprestaban a seguir a Gálvez hayan dudado y que Negrete, en lugar de

unirse a nosotros con sus 1,200 hombres, haya ido a encontrarse con Zaragoza y encerrarse en Puebla?

Los detalles que preceden y que a pesar de mi deseo de escribir menos, no he podido hacer más concisos, resumen la situación tal como estaba el 26 de abril, en el momento en que supimos que el almirante Jurien era invitado a tomar simplemente el mando de la división naval y que el ministro del emperador se quedaría como plenipotenciario encargado exclusivamente de la dirección política de la expedición.

Falta por examinar los hechos realizados desde el 27 de abril, día en que el ejército se puso en marcha sobre Puebla. Estos hechos probarán hasta la evidencia, a toda persona imparcial, que la situación era buena, como el mismo general de Lorencez lo reconocía unos días antes y que si se hubiera sabido aprovechar esta situación en lugar de actuar con una ligereza, una presunción y una impericia sin ejemplo, se hubiera consultado y escuchado a los que conocían al país, quienes estaban en condiciones y tenían posibilidades de rendir informes y aportar opiniones útiles.

Era fácil evitar un fracaso que parece se había buscado con un propósito deliberado y cuya responsabilidad asusta hoy, como se ve por los esfuerzos que se hacen para disculpar a los verdaderos culpables y atribuirlos a los que son completamente ajenos a ella.

A este respecto, viene al caso, tal vez, antes de ir más lejos, recordar en pocas palabras la situación en que se colocó al plenipotenciario del emperador y al comandante en jefe del cuerpo expedicionario.

Un despacho telegráfico de S. E. el ministro de Relaciones Exteriores, con fecha 20 de marzo, prescribía al ministro del emperador, entre otras recomendaciones, entenderse con el general y no sustituir - por cualquiera razón que fuera- su propia responsabilidad a la del comandante en jefe, en lo que concierne a las operaciones militares o las cuestiones sanitarias y la seguridad de las tropas. Por su parte, S. E. el mariscal Randon, en su despacho telegráfico igualmente del 20 de marzo, prescribía al comandante en jefe entenderse con el ministro del emperador para los movimientos militares que tuviese que ejecutar.

El plenipotenciario del emperador tiene conciencia de haber obedecido escrupulosamente las órdenes del gobierno imperial y de no haber descuidado nada para establecer el entendimiento más completo con el general en jefe. Lamenta no poder dar el mismo testimonio en lo que concierne al conde de Lorencez. No solamente no ha dicho jamás una sola palabra de sus movimientos militares al representante del emperador, con quien había tenido orden de entenderse, sino que éste, a consecuencia de las condiciones excepcionales en que se encuentra el país, no tenía otro medio de subvenir a su seguridad que el de marchar con el ejército, ni siquiera fue nunca, salvo dos o tres veces, informado por el Estado Mayor de la hora de la salida de las tropas.

El 27 de abril a las seis de la mañana, el ejército se ponía en marcha sobre Puebla. El 28 forzamos el paso de las Cumbres. Este asunto de las Cumbres, al cual se han complacido en dar las proporciones y el nombre de una batalla, aunque no nos haya costado más que tres muertos y unos 30 heridos, era un triunfo de gran importancia desde un doble punto de vista: Primero, nos hacía dueños de la meseta que se extiende hasta Puebla y que produce en abundancia todo lo necesario para hacer subsistir a un ejército. Segundo, daba una idea justa de los enemigos con que teníamos que combatir.

Las Cumbres presentan en una extensión de alrededor de 8 kilómetros, una sucesión no interrumpida de posiciones tan formidables, que si se tratara de quitárselas por la fuerza a las peores tropas europeas, dudo que se encontrara un general bastante, valiente para intentar la empresa.

Ahora bien, había bastado con 1,500 zuavos y cazadores a pie y un escuadrón de cazadores de África, sin artillería, para expulsar a Zaragoza que las defendía con 6,000 hombres y una numerosa artillería. El asunto no había durado casi más tiempo que el que necesita un peatón para recorrer el terreno quitado al enemigo.

De la cañada de Ixtapa donde pasamos la noche del 28 al 29, el ejército avanzó sin sufrir la menor resistencia, hasta frente a Puebla, donde se reunió el 5 de mayo hacia las 9 de la mañana.

Algunas personas nos habían hablado - el señor general Prim sobre todo- de las dificultades insuperables que debían detenernos a cada paso, de las numerosas guerrillas que iban a lanzarse contra nosotros detrás de cada matorral. La verdad es que no percibimos nada de todo esto. En cada una de nuestras etapas, nos enterábamos que Zaragoza había partido de allí algunas horas antes de nuestra llegada. En todas partes la población, que había huido delante de nuestros enemigos comunes, volvía cuando nos acercábamos, a pesar de las amenazas terribles y las violencias puestas en práctica para obligarla a huir de nosotros. En todas partes encontramos una acogida amistosa y simpática. Estas pobres poblaciones acostumbradas a la servidumbre, sometidas bajo el temor, por la fuerza de la costumbre, no dudaban en acercarse a nuestros soldados con las pocas provisiones escapadas a la rapacidad de las tropas mexicanas, desafiando así el peligro que las amenazaba cuando nosotros nos hubiéramos alejado.

En cuanto a las guerrillas con las que habían querido espantarnos, nosotros, no vimos ninguna. Supimos solamente que un cierto Couttolenc nos había seguido la pista como un chacal, durante varios días, con unos 50 hombres, pero teniendo cuidado de mantenerse a una respetuosa distancia.

A nuestra salida de Quecholac, el 3 de mayo, Couttolenc nos asesinó a un soldado que se había quedado atrás. Tal es el único hecho de guerra que se produjo durante toda nuestra marcha de las Cumbres a Puebla.

Esta ausencia de enemigos alteraba los cálculos, desilusionaba muchas esperanzas.

Los que no habían tomado parte en el asunto de las Cumbres, querían absolutamente tener también su mención y, entonces, se produjo un hecho extraño. Era al general Almonte y al ministro de Francia a quienes se hacía responsables de esta decepción. Se les reprochaba -la palabra fue dicha y tuvo éxito- el no haber pedido al emperador enviar aquí la gendarmería en lugar de un ejército.

El 5 de mayo, a las diez y media de la mañana, acompañado del general Almonte, con quien marchaba detrás de la ambulancia, alcancé al

grueso de nuestras fuerzas. Tres cuartos de hora más tarde y en el momento en que comenzaba a almorzar, oí de repente el ruido del cañón. Creí primero, como todos, en un simple reconocimiento; pero pronto quedé sorprendido al saber que se trataba de un ataque a fondo, dirigido contra la iglesia de Guadalupe.

No siendo militar, no estoy en condiciones para juzgar lo que puede haber de fundado en las críticas a las cuales ha dado lugar el ataque dirigido contra Guadalupe, así como tampoco de las razones con las cuales se pretende justificarlo.

Me declaro, pues, incompetente y me limito a agregar aquí, bajo el número 1, una nota redactada⁵ sobre esta grave cuestión por un hombre del oficio que asistió al asunto y que vio todo con sus propios ojos; sin embargo, no puedo dispensarme de hacer dos observaciones que me parecen importantes.

Desde Veracruz y, aunque no se preveía la necesidad de hacer un sitio, había sido de opinión que sería tal vez prudente proveernos a todo trance de dos piezas de sitio y de dos morteros, lo que no hubiera aumentado mucho nuestro convoy. Pero esta idea fue rechazada y casi puesta en ridículo.

Los acontecimientos se han encargado de demostrar lo justo de esta idea. En fin, si se hubiera acogido a los auxiliares que no pedían sino unirse a nosotros, en lugar de rechazarlos con tanto desdén -como el general de Lorencez lo hacía aún la mañana del 5 de mayo, en el momento de comenzar el ataque-, se hubiera podido encargarlos de la guardia del convoy y todas nuestras fuerzas hubieran estado disponibles.

Pero, fuera o al menos a un lado de la cuestión puramente militar, otras reflexiones se presentan naturalmente a propósito del día 5 de mayo.

En la noche del 4 al 5 se remitieron al general Almonte, quien informó de ello al general de Lorencez, dos cartas dirigidas a Zaragoza tres días antes por los jefes puros Mejía y O'Horan, cartas que habían sido interceptadas y de las cuales resultaba que la evacuación de Puebla

⁵ Esta nota se reproduce en capítulo LVII.

por las fuerzas enemigas era considerada como indispensable, al menos que llegasen socorros de fuera. A la carta de Mejía se había agregado una posdata anunciando que acababa de recibir la orden de defender a Puebla hasta la muerte.

Los papeles de Zaragoza, tomados después del asunto del 18 de mayo, han dado la prueba de que este proyecto de evacuar la plaza había existido realmente hasta el 2 y aun el 3. Y se explica fácilmente por el temor que debía sentir Zaragoza de ser atacado por dos lados a la vez, por el ejército francés y por las tropas de Márquez y de verse, en caso de un fracaso probable, cortada toda retirada. ¿Por qué no haber esperado por lo menos 24 horas para asegurarse del estado real de las cosas? ¿Por qué no haber tomado el tiempo necesario para buscar, como lo querían los generales Almonte y Taboada y el señor Haro y Tamariz, tener espías, no solamente en la ciudad, cuya población pertenecía al partido reaccionario, sino hasta en el seno de la guarnición? La verdad es que se quería a toda costa una mención; que se creía en un éxito fácil y seguro, que se anunciaba en voz alta que se acostarían en la noche en el palacio del obispo y que estaban decididos a no escuchar las opiniones ni los consejos de nadie.

Alrededor de una hora después de que habíamos abierto nuestro fuego, pareció oírse un fuerte cañoneo del otro lado de la ciudad. Se creyó -yo fui de esta opinión, como los generales Almonte y Lorencez- en un ataque de Márquez. Pero esto no fue sino una ilusión. El ejército de Márquez, alrededor de 7,000 a 8,000 hombres, espaciados desde Cholula hasta Matamoros de Izúcar, no se había movido y nosotros supimos, más tarde, la causa de esta fatal inacción.

El 6, a las 8 de la mañana, el general de Lorencez, a quien no había visto desde hacía cuatro días, vino a verme a la hacienda de San Diego de los Álamos, donde estaba nuestra ambulancia y donde había pasado la noche. -Señor ministro, me dijo al acercárseme, vengo a hacerle mi visita y a preguntarle lo que hay que hacer-. La fisonomía del general estaba completamente trastornada. Escuchaba con un aspecto hosco y sin parecer comprender las palabras con que me esforzaba por calmarlo y demostrarle que exageraba extraordinariamente el alcance y las

consecuencias de nuestro fracaso del día anterior; que, aparte de lo que hay de lamentable siempre en un fracaso, la situación era en el fondo la misma. Lejos de ser desesperada, no tenía nada de inquietante.

El ejército de Zaragoza -yo tenía al respecto datos seguros- no se componía de 18,000 a 20,000 hombres como el general de Lorencez parecía creerlo, mucho menos de 30,000, cifra indicada por algunos alarmistas, sino de 8,000 a 10,000 hombres, de los cuales 3,000 a 4,000 eran guardias nacionales de Oaxaca y de Morelia y 1,000 jinetes de Carbajal y de Cuéllar -lo que constituía la única fuerza seria del enemigo- y de 4,000 a 5,000 pobres diablos recogidos hacía menos de un mes en las calles de Puebla y México, o en las haciendas y quienes, enrolados muy a su pesar, no debían inspirar gran confianza a Zaragoza. La prueba de que éste sentía su impotencia es que no había obstaculizado nuestra retirada y que había dejado pasar la tarde y la noche sin osar atacarnos. En cuanto a mí, que conocía bien a las tropas de Juárez, deseaba un ataque, lejos de temerlo. Pero estaba seguro de que no tendría lugar. Nosotros podíamos, pues, tomarnos el tiempo de deliberar a gusto sobre el partido a seguir y era necesario, ante todo, tratar de ponernos en comunicación con el ejército de los conservadores, cuya vanguardia, un cuerpo de alrededor de 1,000 caballos bajo las órdenes del general Herrén, debía de estar en Cholula a dos leguas del otro lado de Puebla. El general, presa de un visible terror, guardaba un triste silencio. Terminó por balbucear algunas palabras confusas a través de las cuales adiviné su opinión de que debería tratar de negociar.

Le declaré claramente que el honor de nuestras armas excluía, según mi modo de ver, toda posibilidad de negociaciones después de un descalabro y que estaba resuelto a obedecer al emperador que me ordenaba no tratar sino cuando fuéramos dueños de México. Después de lo cual, propuse al general que nos dirigiéramos a su tienda de campaña y reuniera allí a su Estado Mayor para deliberar sobre lo que había que hacer.

Parece inútil relatar aquí en detalle las discusiones empeñadas ese día y en las reuniones que tuvieron lugar los días siguientes. Una cosa fue evidente a todo el mundo, desde el primer momento, y es que el general

había decidido retirarse hasta Orizaba. El coronel Valazé, en el fondo, era de la misma opinión, sin dejarlo ver tan claramente.

La idea de un nuevo ataque a la fortaleza de Guadalupe fue rechazada como una locura y una imposibilidad; varios jefes de cuerpo, según lo que pretendió el coronel Valazé, declararon que si se ordenaba un nuevo asalto, se negarían a obedecer.

El señor Haro y Tamariz, que había sido llamado a una de las reuniones, a causa de su perfecto conocimiento del lugar, propuso entonces un ataque por El Carmen, el lado débil de la plaza, lugar por el cual ha sido tomada y vuelta a tomar 20 veces desde hace 15 años.

El señor Haro y Tamariz mismo, aunque no había sido nunca militar, en 1856, con una fuerza de 2,000 voluntarios mexicanos, se apoderó de la plaza defendida por 6,000 hombres del ejército de Comonfort. Según él, bastaba con dos batallones para hacerse dueños de la plaza y ofreció servirles de guía. Esta proposición, combatida, sobre todo por el coronel Valazé como insensata, fue igualmente rechazada. Emití, entonces, la idea de un movimiento estratégico, ya sea sobre Cholula, donde encontraríamos las fuerzas de Márquez, sea sobre San Martín (Texmelucan), ciudad de 5,000 a 6,000 almas, en la parte más rica del país, a siete leguas de Puebla y sobre el camino de México. Esta marcha sobre San Martín, donde había en abundancia con qué mantener a nuestro ejército, debía tener un resultado decisivo.

O Zaragoza, al permanecer encerrado en Puebla, nos abría la capital, defendida solamente por una miserable guarnición de 1,500 hombres, o acudía para proteger a México y entonces Puebla caía en manos de los conservadores, mientras que nosotros nos lanzábamos sobre Zaragoza; para lo cual nos bastaban una hora o dos para aniquilar el ejército en una acción a campo raso.

Mi opinión, aunque compartida por varios oficiales del Estado Mayor y entre otros por el señor capitán, quien no había sido contrario a la idea de un ataque por El Carmen, fue declarada impracticable por diversas razones poco concluyentes a mis ojos: las principales se basaron en la falta de víveres y de municiones. Ahora bien, se confesaba que nos quedaban aún 10 días de víveres y 1,100 balas de cañón.

En lo que concierne a los auxiliares del país, se había producido un cambio de lenguaje en el Estado Mayor. No se rechazaba su concurso, pero se negaba su existencia. Márquez no había existido nunca, era un mito, un personaje fantástico inventado por el general Almonte y el ministro de Francia, para asustar a las mujeres y a los hijos de los liberales.

Los autores de estas desagradables bromas estuvieron un poco desconcertados por una carta que el general Taboada recibió el 7 de mayo, del general Herrán. Éste escribió que estaba en Cholula con 1,000 a 1,200 caballos y que rogaba al general Almonte le enviara órdenes. Se le respondió que viniera a unirse a nosotros lo más pronto posible. El general de Lorencez, a quien la carta de Herrán había causado impresión, rogó al general Almonte hiciera venir a Márquez con 6,000 hombres, pero los necesitaba en 24 horas, porque estaba decidido a operar al día siguiente su movimiento de retirada. La tarde del 7, hacia las seis, el general Lorencez y el coronel Valazé me platicaron una idea que les había venido súbitamente. Yo debía valirme de mis relaciones con varios de los jefes del ejército enemigo para tratar de que se nos entregara la plaza. No tenía que regatear el precio. 10,000,000.00, 20,000,000.00 no serían demasiado y podía contar anticipadamente con la aprobación del emperador. Sólo que no había tiempo que perder y era necesario que el negocio fuera concluido la misma noche". Ahora bien, debe decirse -y no lo ignoraba el Estado Mayor- que desde hacía tres días, tratábamos inútilmente de comunicarnos con nuestros amigos de la ciudad, tan rigurosa era la vigilancia.

En fin, el día 8, hacia las dos de la tarde, comenzó nuestro movimiento de retirada. Una media hora antes, el general de Lorencez, más aterrorizado que nunca, había venido a anunciarme que, según ciertos informes recibidos en el Estado Mayor, se disponían a atacarlo. Carbajal había partido con 2,000 hombres para disputarnos el paso en la fuerte posición del Chachapa, a una legua de nuestro campo, sobre el camino de Amozoc y Zaragoza tomaba sus medidas para sorprendernos por la retaguardia con todas sus fuerzas calculadas en 20,000 hombres.

Todos mis esfuerzos para calmar al general fueron inútiles y él no estaba aún completamente tranquilizado, cuando llegamos la misma tarde a las seis a Amozoc sin haber sido atacados y sin haber visto a Carbajal, quien se apresuró a dejar la ciudad al acercarnos.

En la noche del 8 al 9, el general Florentino López trajo al general Almonte una carta de Márquez con explicaciones sobre la inacción de las tropas de los conservadores, el 5 de mayo. Zuloaga estaba desde hacía algún tiempo en conferencias con Doblado. Márquez, disgustado por estas intrigas, había renunciado al mando en jefe, que había sido dado a Cobos. El 4, Zuloaga, con el asentimiento al menos tácito de Cobos, se había puesto de acuerdo con Doblado sobre una suspensión de hostilidades entre los dos partidos hasta el fin de la guerra con Francia y el 5, a la una de la tarde, en el momento en que acabábamos de atacar Guadalupe, Zuloaga firmaba, sobre esta base, un arreglo por el cual se aseguraba le fueron pagados 200,000.00 pesos. El ejército estaba indignado por la conducta de Zuloaga. Los generales, sobre todo, mostraban una gran exasperación y pedían venir a unirse a nosotros. Márquez nos ofreció 2,500 a 3,000 hombres de caballería y rogaba al general Almonte enviarle sus órdenes. El 9, durante el día, Almonte, después de haberse entendido con el general de Lorencez, escribía a Márquez para devolverle el mando en jefe y ordenarle se dirigiera sin retardo, con todas las fuerzas de que pudiera disponer, hacia Amozoc donde nosotros lo esperábamos hasta el 12. ¡El 11 a las seis de la mañana salimos de Amozoc! La noche del 14, en San Agustín del Palmar, Almonte recibió cartas de los generales Márquez, Vicario y Herrán. Márquez escribió el 12 de Matamoros (de) Izúcar que al día siguiente, 13, según lo que había sido convenido, estaría en Amozoc con Vicario y Herrán y 2,500 caballos. El general Almonte transmitió estas noticias al general de Lorencez, pensando que ellas lo decidirían a detenerse en San Agustín 24 horas, el tiempo necesario para permitir a Márquez reunirse con nosotros. El general en jefe se negó a ello. Después se llegó, en su Estado Mayor, a negar la existencia de las cartas de Márquez, Vicario y Herrán, aunque ellas fueron, la noche del 14, vistas y leídas en los

originales mismos por el general de Lorencez, como lo habían sido por el plenipotenciario del emperador.

Yo había querido creer hasta el último momento, a pesar de la intención orgullosamente anunciada por el general Lorencez de volver a pasar las Cumbres, que él reflexionaría sobre esta fatal resolución y que se decidiría a ocupar la meseta que se extiende entre San Agustín del Palmar, San Andrés y Tehuacán, rica comarca provista copiosamente de granos, ganado y forrajes de toda clase y cuya posesión nos hacía dueños de las Cumbres. Pero, ¡vana esperanza! Bajo el pretexto de asegurar nuestras subsistencias, dejamos la región que las produce en abundancia, para venir a Orizaba que no produce nada y que, al obtener sus provisiones de la comarca que nosotros dejamos abandonada al enemigo, va a encontrarse pronto presa del hambre. Es cierto, como dice la intendencia, que nosotros tendremos siempre el recurso de aprovisionarnos en La Habana y en Nueva York. Para terminar con esta cuestión de las subsistencias, está bien hacer notar que el 7 de mayo, frente a Puebla, se anunciaba que no teníamos más que 10 días de víveres. Ahora bien, el 17 entramos a Orizaba con 20 días de víveres y 58 días de vino.

El 16 de mayo pasamos las Cumbres y el 17 entramos a Orizaba. Márquez se reunió con nosotros la misma noche, anunciando que 2,500 jinetes que había dejado bajo las órdenes de Vicario y de Herrán llegarían al día siguiente. Nos suministró explicaciones sobre los motivos que habían paralizado por un tiempo y de una manera tan fatal la acción de sus tropas, que dejaron establecido que si Zuloaga había traicionado a su partido, Cobos era ajeno a esta infamia.

Márquez, al deplorar los funestos resultados producidos el 5 de mayo por esta defección personal de Zuloaga, no le dio a ello ninguna importancia para el futuro. Parecía más bien feliz de verse, él y su partido, libres del "imbécil e innoble Zuloaga", como se complacía en llamarlo.

En cuanto a Cobos, Márquez se dice seguro de él y responde que en seguida que se le indique, él vendrá con los 3,500 hombres colocados bajo su mando a ponerse a las órdenes del general Almonte.

El domingo 18, a las cinco de la tarde, Vicario y Herrán llegaron a Barranca Seca, al pie de las Cumbres y alrededor de cinco leguas de Orizaba, cuando fueron atacados por Zaragoza, quien seguía sus movimientos desde hacía varios días, con 6,000 hombres de todas las armas. Los conservadores, aunque agotados por la fatiga y la falta de alimento -hacía treinta y seis horas que no comían- sostuvieron valientemente el choque e hicieron una resistencia desesperada. Sin embargo, comenzaban a debilitarse, cuando la llegada de un batallón del 99º que acudió rápidamente del Ingenio, a petición de Márquez, cambió la faz de las cosas. En pocos instantes Zaragoza fue derrotado completamente, dejando en el campo de batalla 300 muertos o heridos, 1,300 prisioneros, de los cuales unos 30 son oficiales y un número considerable de armas de toda clase.

En cuanto a nosotros, nuestras pérdidas son insignificantes. Ellas son -no incluidas las de Márquez, se entiende- tres muertos y 14 heridos.

Vicario, que se dice mostró una rara intrepidez, recibió dos heridas, felizmente mucho menos graves de lo que se había creído primero.

Este asunto de Barranca Seca, en la cual, al decir de los nuestros, los soldados de Márquez hicieron prodigios de valor, prueba ampliamente, con la facilidad de nuestra retirada hasta Orizaba, que los temores que combatí vanamente eran imaginarios y que, a pesar del fracaso de Guadalupe, las tropas de Zaragoza no eran tan terribles como lo suponían.

Las fuerzas reunidas aquí bajo el mando de Márquez, presentan un efectivo de alrededor de 3,000 caballos y 1,200 a 1,500 infantes, todos voluntarios y habituados a las fatigas y a los peligros. Sin hablar del cuerpo que quedó bajo las órdenes de Cobos y al cual escribió que viniera a reunírsele, él no espera, dice, más que los fusiles que quedan disponibles en Veracruz, para elevar la cifra de su infantería a 4,000 o 5,000 hombres y se dice seguro -lo que estoy dispuesto a creer- de encontrar en poco tiempo 10,000 a 15,000 voluntarios y más, si tuviera armas para darles y dinero para alimentarlos. Su opinión, que no expresa sino con una gran excesiva reserva, para no herir al general de Lorencez

y a su Estado Mayor, es que nosotros vamos a estar pronto en condiciones de tomar una vigorosa ofensiva y de apoderarnos de Puebla y de México. Me decía esta mañana, confidencialmente que, si en la jornada del 5, hubiera tenido el honor de tener a su disposición 2,000 zuavos o cazadores de a pie, él hubiera tomado la ciudad en una media hora. "Pero -agrega con más malicia que modestia real-, yo no soy un general francés acostumbrado a la gran guerra, no soy más que un jefe que hace la guerra a la mexicana, interesado mucho más en tener éxito seguro que en ajustarme a las reglas del arte. Así, pues, es el señor general Lorencez quien, a pesar de su fracaso, ha tenido razón. Yo habría estado equivocado, pero habría tomado la ciudad y entonces Zaragoza se hubiera precipitado a dejar Guadalupe, si le hubiera dejado tiempo para ello".

Márquez, aunque no comparte de ningún modo las ideas del general de Lorencez, que él supone, temo que no sin razón, resignado a esperar aquí refuerzos de Francia, se muestra dispuesto a subordinar, por el momento al menos, su acción a la nuestra y se pone enteramente a nuestra disposición, sea para asegurar nuestras comunicaciones con Veracruz o para cualquiera operación que se juzgue a propósito emprender. Pero si llega a sentirse bastante fuerte para actuar solo, no es imposible que se decida intentar un movimiento contra Puebla y que logre apoderarse de ella. Mientras tanto, está impaciente por ver llegar al general Douay, que se dice desembarcó en Veracruz el 16 y que debe, a estas fechas, estar en marcha sobre Orizaba con Gálvez.

Omití mencionar un sucio libelo dirigido supuestamente por los soldados mexicanos a los soldados franceses y distribuido secretamente a nuestras tropas cuando nos detuvimos en San Bartolo el 3 de mayo. Esta innoble publicación, aquí anexa bajo el número 2, primeramente sólo fue distribuida en muy pequeña cantidad, rápidamente quitada de la circulación y no se había hablado de ello al Estado Mayor, sino como de una infame maniobra que había quedado sin efecto. Pero, cosa singular, desde el asunto del 5 de mayo, fue esparcida a profusión entre nuestros soldados -sin duda por varios franceses renegados, grandes especuladores de los bienes del clero que viajaban detrás del ejército- y si se cree al

señor coronel Valazé, ésta no hubiera dejado de producir un enojoso efecto sobre nuestras tropas, sobre todo en lo que respecta al señor general Almonte.

Yo creo que es hacer demasiado honor a un cobarde calumniador y muy poco a la inteligencia y al buen sentido de los soldados franceses.

Como documento que puede servir a la narración de nuestra expedición sobre Puebla, figura aquí, bajo el número tres, el diario redactado día a día por un oficial de una gran inteligencia, que ha visto todo por sí mismo y quien está colocado en las mejores condiciones para rendir un juicio imparcial sobre los hechos de que ha sido testigo.

(Alphonse Dubois de Saligny)

MEJÍA, ABRUMADO DE RESPONSABILIDADES
COMO GOBERNADOR DE PUEBLA

Puebla, mayo 26 de 1862

Señor general don Ignacio Zaragoza
Palmar

Muy apreciable amigo y señor:

Hoy me encuentro mejor de la enfermedad que hace dos días me postró en cama y aprovecho el dirigirla a usted la correspondencia que le ha venido de México, a la vez que repetirle que esta mañana marchó la conducta y la tercera remesa de víveres que le van de esta ciudad desde el día en que salió el ejército.

Hoy he recibido dos comunicaciones de México que contestaré mañana, a cual más originales: la una quejándose el gobierno de que no se dan víveres en Puebla, cuando es la única ciudad y estado que, en medio de su desorganización y agonía de recursos, ha mantenido al ejército en su mayor parte toda la campaña y lo está haciendo ahora mismo. Cuando recibo esta comunicación es al momento de tener las de Tecamachalco con la cuenta de lo ministrado a la división Berriozábal, las de San Andrés en que no sólo consta lo que dan, sino que estaban repartiendo 4,000 raciones diarias para Negrete, 6,000 pesos en raciones y 4,000 cargas de cebada y maíz para forrajes, sobre las 19,000 que nos tenía proporcionadas ese distrito. Estas notas son de esas cabeceras de distrito, sin contar con que en cada pueblo ha pasado lo mismo, sea Acatzingo, Palmar, Ixtapa, Tehuacán y cuantos tocan nuestras fuerzas, que en dos palabras viven sobre el país en su mayor atención y este país no es otro que el estado de Puebla. Tiene usted además los distritos de

San Juan de los Llanos y de Teziutlán abasteciendo a Perote y, como todo lo que en el estado se da es con cargo a las rentas, sean de la clase que fueren, donde se conoce el resultado es en la Tesorería general, que no tiene productos al presente ni los puede esperar por mucho tiempo.

Además, y sin contar con lo que contribuyen las demarcaciones, se han mandado de esta ciudad las tres remesas de víveres últimas sin contar las que continuamente recibió el ejército desde que comenzó la campaña y cuando, por fruto de esta conducta, que es la debida, porque para la salvación de la patria todo es poco, no crea que tenga razón en quejarse el gobierno si compara la situación y conducta de este estado con todos los de la República.

Esto es visto por el ramo de víveres y forrajes, pues en cuanto a recursos de numerario hace sacrificios diarios que no se pueden estimar porque no llama la atención.

Aquí está un hospital magnífico para atenderlo debidamente, aquí los transportes para auxiliarlos y ponerlos en vía, los depósitos de los cuerpos, los que quedan en cuadro para reponerse y cuanta necesidad ocurre al ejército para ver la manera de proveerla, como su maestranza y reformas de elementos. Pero ¿con qué recursos? Con ningunos; porque, agotados los distritos, nulificada la capital con la cesación del comercio y con que aun lo poco que viene sea libre de derechos, es la situación a tal extremo miserable que no puede esta plaza pagar a ninguno de sus servidores ni dar a la tropa que la guarnece el rancho con seguridad.

Se queja también el gobierno de que no se haga la fortificación tal cual apeteciera y sería bueno cuando hubiera con qué hacerla; pero a fuerza de sacrificios no ha cesado el trabajo y se ha mejorado.

Verdaderamente el mal está en ser el ningo de este juego, con el ejército a vanguardia lleno de necesidades, el gobierno a retaguardia que no las puede cubrir y, en el medio, un estado de nombre pero que realmente está aniquilado e incapaz de hacer más de lo que con tan buena voluntad se presta a hacer.

Se me dice que imponga préstamos. Y ¿cómo se llamará el tomar cuánto ocupamos sin pagarlo de pronto y sin seguridad de cuándo será reintegrado?

Usted me conoce y sabe cuáles son mis ideas respecto a auxilios para la guerra y que nada tengo de provincialista cuando se trata del bien general; pero también le aseguro a usted que no es fácil sacar sangre de un cuerpo que no la tiene.

Consérvese usted bueno, señor.

(Ignacio Mejía)

ANEXO A LA MEMORIA
DE MR. DE SALIGNY⁶

Mayo 26 de 1862

Al autor de esta nota se le ha rogado emita su opinión sobre el desastre de Guadalupe, opinión que se resume de este modo: no sólo el ataque no podía tener éxito, sino que, con las disposiciones tomadas, debía haber sido un completo desastre si frente a nosotros, hubiésemos tenido verdaderas tropas.

Por otra parte, a pesar del palabrerío que precede a la proclama del general Lorencez, tratando de justificar los errores, la orden del día no puede tratar de disimularlos.

1º error.- Consiste en haber marchado sin conocer la situación de los flancos, aunque las cartas interceptadas la víspera anunciaban que la ciudad sería defendida, aunque sabíamos que la guarnición era superior en número al ejército agresor, aunque debíamos suponer que el enemigo con la ayuda de su caballería, trataría de distraernos en la llanura tal como en efecto se creyó, pero que al no realizarse (tuvo por consecuencia la inacción de una parte de las fuerzas ya bien restringidas que habrían podido actuar en el punto decisivo.

Prevenido el general Lorencez, durante la marcha, de la presencia de una caballería sobre su flanco derecho, rehusó enviar a hacer un reconocimiento por los jinetes indígenas del general Almonte y respondió que estaba informado y que había tomado sus medidas.

2º error.- Habiendo llegado a las nueve de la mañana a la vista de la plaza con tropas que, a pesar que las etapas habían sido cortas, habían

⁶ Nota que Saligny marcó como número uno, anexa a la memoria que envió al ministro de Relaciones de Francia. No hemos podido averiguar quién fue el autor de la nota; pero seguramente la formuló un militar francés con preparaciones técnicas.

marchado ocho días sin descanso y que, desde hacía cuatro, por lo regular estaban empapadas, era necesario detenerse por espacio de 24 horas, emplear ese día en hacer descansar las tropas y realizar un serio reconocimiento de la plaza y de sus alrededores. No se hizo nada. Una altura a la izquierda de nuestra línea dominaba la llanura y la ciudad; no se tomó ni siquiera la pena de acercarse hasta allí para reconocer, aunque fuera superficialmente, la posición en su conjunto. Se ignoraba hasta si el enemigo tenía alguna fuerza detrás de esta altura y, mientras se tomaban las disposiciones para atacar por la derecha, a sugestión del comandante Mangin -cazador a pie-, se consintió con gran trabajo en enviar una compañía de su batallón en observación, pero con las más expresas recomendaciones de no comprometerse, tan resuelto estaba el ataque a Guadalupe. Se había tomado una decisión sin más informaciones que las posibles de obtener a más de tres kilómetros de distancia, por medio de un largavista. Mirando de abajo hacia arriba sólo se veía un frente y un perfil; ignorando, en una palabra, casi completamente cuál podía ser el estado de defensa de la plaza.

Se quiere dar como justificativo las informaciones erróneas que transmitieron las gentes del lugar. Está bien para decir a los periódicos y al público, un militar no admite razones de este tipo, sobre todo que se sabía que sus habitantes habían salido de la ciudad hacía por lo menos un año. ¿No bastan ocho días para transformar una casa en ruinas en una fortaleza? ¿Faltaban brazos en Puebla, que cuenta con 70,000 habitantes? ¿Se contó con los escrúpulos de Zaragoza para no forzar a la población a realizar un trabajo desagradable?

Sin embargo ¡los señores Lorencez, Valazé y otros más que estaban ahí, habían hecho la campaña de Crimea! ¿Olvidaron que Sebastopol a nuestra llegada no tenía más que el revestimiento de una muralla y que los rusos con sólo sus manos hicieron una plaza de la que nosotros no podíamos tener conocimiento?

Pero ya basta demostrar la evidencia. Pasemos a un segundo error, error de concepto, esta vez, más bien que de ciencia especializada. No se podía, habiendo llegado a las nueve de la mañana, comenzar el ataque antes de mediodía, como se hizo en efecto más o menos a las once horas

cuarenta y cinco minutos; había que dejar que los hombres tomaran el café y que los cuerpos fuesen a ocupar los diferentes puestos que se les tenían asignados. Además, desde hacía cuatro días regularmente la tormenta comenzaba a las cuatro de la tarde. Era necesario, entonces, levantar la posición antes de esa hora, pues la tormenta evidentemente favorecería a las gentes que estaban a cubierto y entorpecería a los que atacaban a descubierto. Sin embargo, es verdad que existía esa increíble pretensión, cuando se iba a atacar ciegamente y al azar. El coronel Valazé declaró, cuando salimos para dirigirnos al lugar de la acción, que asistiríamos a un hermoso espectáculo, un verdadero escenario de circo: "Guadalupe se desmoronará en media hora como un castillo de naipes y luego, en menos de un cuarto de hora, los zuavos entrarán al asalto". La verdadera causa de todos los errores fue la presunción bajo cuya influencia fuimos castigados cruelmente por un revés que pudo repararse reemplazando la presunción por la firmeza, en lugar de sufrir una reacción fatal y de caer en el exceso contrario, en un abatimiento quizás aún más funesto.

3° error.- ¡Atacar con calibre 4 a 2,200 metros de distancia y bajo un comando de 100 metros, una iglesia mexicana construida por los españoles! ¡Ver los 300 primeros cañonazos producir un efecto enteramente nulo y continuar este fuego ineficaz hasta agotar las municiones! Oí al comandante Michel denunciar esta situación, siempre penosa en un campo de batalla. En lugar de detener esa pendiente fatal, decidió el cuarto error, el asalto.

4° error.- Se realizó el asalto sin hacer ningún reconocimiento, sin tratar de saber si existía o no una brecha, si las columnas agresoras sofocarían el fuego tomándolo de flanco o de reverso, que fue lo que pasó.

5° error.- La batería de montaña, un batallón de infantería de marinos, medio batallón del 99, quedaron en la llanura, inútiles, cubriendo nuestra retaguardia contra un posible ataque de la caballería que habíamos visto desfilar de lejos durante la marcha y a la llegada sobre nuestro flanco derecho. Si se hubiese efectuado un reconocimiento sobre esta caballería, cosa que se rehusó con desdén, se hubiese visto que

el escuadrón de cazadores de África, inútil en un asalto, bastaba para aislarlos.

6º error.- La batería de montaña podía haber tratado, por un tiro a corta distancia, abrir una brecha o, al menos, tirar sus proyectiles huecos en medio de los defensores; se mantuvo inactiva y nos siguió en la retirada sin haber tirado una sola vez. La fuerza ciega, sin cálculos, contra una muralla intacta, he ahí el asalto.

En fin -y gracias a la naturaleza de las tropas enemigas, este último error no tuvo por consecuencia ningún desastre-, estuvimos durante todo el tiempo de la acción separados enteramente del convoy, sin ninguna comunicación con él, a través de una llanura cortada por dos barrancas que otro enemigo que no fuese el ejército mexicano, seguramente hubiese ocupado. Las posibles consecuencias de una maniobra de este tipo son de tal evidencia que no necesitan demostración.

La retirada del campo de batalla estuvo bien realizada. El enemigo no la molestó; fue una suerte pero lamentable, pues aún se le hubiese podido aplastar. Pero, en este día, no debíamos contar, por nuestra parte, ni con habilidad ni con felicidad. Sin embargo, todo hubiese sido fácil de reparar al día siguiente si una increíble desmoralización no hubiese sucedido a una ciega presunción.

De todos los errores, la retirada sobre Orizaba fue la más grave por sus consecuencias; pero esto ya sale del cuadro en que quiero y debo encuadrar estas reflexiones.

Orizaba, 21 de mayo de 1862.⁷

⁷ Esta anotación figura en el manuscrito original. Creemos que está equivocada, pues al principio tiene fecha 26 y en el texto se hace referencia a ese día.

ZARAGOZA AUGURA BUEN ÉXITO
PARA LA CAMPAÑA

Ixtapa, mayo 27 de 1862

Ciudadano Presidente Benito Juárez
México

Estimado amigo y señor:

Nuestras circunstancias particulares son frecuentemente la causa principal que impiden llevar a cabo un plan perfecto y sin interrupción; es necesario ensayarlo primero y, consultados prácticamente los inconvenientes que se presenten, modificarlos continuamente. Esta conducta me parece prudente, no sólo porque así lo aconseja la razón tocando a los pormenores principales de cualquier empresa, sino también porque una tenacidad excesiva en un solo propósito podría traer consigo funestas consecuencias.

Viendo que no me era posible permanecer estacionado en un campo militar hasta que se concluyesen completamente las fortificaciones de Puebla y las defensas considerables que deseaba levantar en las Cumbres, porque no bastaron mis esfuerzos para conseguir ni la herramienta necesaria para establecer el campamento, dejo muy adelantados los trabajos de Puebla y para terminar los que se han podido hacer en las Cumbres, resolviéndome atacar Orizaba en donde el enemigo carece de recursos, está reducido a 6,000 hombres cuando más, contando tan sólo efectivamente con la mitad, porque la fuerza de los traidores es una verdadera chusma, encontrándose distraída hacia el Chiquihuite, que ocupó el señor (de la) Llave y a donde se ha dirigido Márquez con su fuerza y parte de la francesa, o para atacar aquel

punto o para proteger la marcha del general Douay, que se asegura ha salido de Veracruz en muy mal estado.

A estas circunstancias ventajosas para nosotros, tenemos que agregar las que nacen de nuestra propia situación, y que siendo positivos inconvenientes en el estado estacionario, se evitan por medio de la acción. La escasez de víveres que es necesario traer desde Puebla, el consumo de forrajes que se han agotado y el desabrigo del ejército, causan diariamente bajas abundantes por la deserción de los reclutas en un campo descubierto y la enfermedad de todos a consecuencia de las necesidades y de la intemperie que influyen notablemente hasta en los jefes que, no acostumbrados a las largas fatigas de una campaña de esta naturaleza, suspiran por sus comodidades habituales, no viendo próximo el término de la guerra, todo lo que a poco tiempo llegaría a producir una desmoralización de todas las clases.

Si el éxito es feliz, como me lo prometo, nuestra situación se presentará verdaderamente halagüeña; mas si fuere adversa, como debe sospecharlo al menos la prudencia humana, quedan aún las Cumbres que pueden defenderse con los restos, y un nuevo ejército con una plaza fuerte en donde se estrellará el enemigo, si le fuese posible moverse después de un grave conflicto; en todo caso habrán cumplido con su deber el ejército de mi mando y su afectísimo amigo y servidor que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

INFORME DEL GENERAL DOUAY
A SU GOBIERNO

(Veracruz, 27 de mayo de 1862)

A su excelencia el señor mariscal ministro de la Guerra
(París)

Señor ministro:

Tengo el honor de dar cuenta a vuestra excelencia [V. E.] de que llegué el 16 de este mes a Veracruz en el transporte *La Seine* y que al desembarcar encontré al ejército en una posición difícil. La columna expedicionaria bajo las órdenes del señor general comandante de Lorencez, tuvo que librar ante Puebla el 5 de mayo un combate en el cual no logró apoderarse de la posición fortificada que atacaba.

El efecto de este fracaso determinó una explosión de general entusiasmo entre los mexicanos, que por el momento parece haber convertido la guerra en guerra nacional. Las comunicaciones están interceptadas desde entonces; el comandante superior Roze no ha recibido ningún aviso oficial sobre el combate sostenido por el general de Lorencez; por consiguiente es probable que todos los correos del general hayan sido detenidos a excepción de uno solo, por el cual anunciaba su intención de permanecer todavía durante algún tiempo en la planicie de Puebla antes de replegarse sobre Orizaba; le pedía al comandante superior el envío a Orizaba, bajo escolta, de 4,000 fusiles indígenas que habían quedado en la aduana de Veracruz, lo que este último no pudo ejecutar porque los mexicanos se apoderaron de las posiciones de Córdoba y de Chiquihuite y sería necesaria una fuerza respetable para

arrojar de allí al enemigo antes de intentar el paso con un convoy cualquiera.

Ahora bien; el personal de que consta la guarnición de Veracruz se compone de una compañía del 99° de línea, algunos destacamentos de marinos provenientes de los navíos de guerra surtos en la bahía y diversos pequeños depósitos, todos diezmados por el vómito negro o agotados por el sofocante clima de Veracruz.

La llegada de *La Seine* refuerza esta débil guarnición con un oficial y 95 cazadores aislados del 1° batallón de cazadores de a pie; 30 soldados de artillería de Marina y 74 conductores de mulas de tiro.

Estos son todos los recursos de que disponemos aquí para poner fin a una situación excepcional frente a una población a la que los franceses se han hecho antipáticos y que, por otra parte, desde hace mucho tiempo se ha solidarizado con la causa del actual gobierno de México.

Cerca de San Juan de Ulúa o en Sacrificios, están en la bahía los barcos de guerra siguientes:

Le Berthollet, corbeta de vapor,
L'Amazone, transporte hospital,
La Sèvre, transporte mixto,
Le Marceau, aviso estacionario,
La Seine, transporte mixto,

y, por último, *Le Masséna*, cuya tripulación, debilitada sucesivamente por todos los desembarcos, no se puede considerar suficiente para el armamento del navío.

Todos los otros navíos que formaban parte de la armada expedicionaria recibieron orden de regresar a Francia con intención de que invernaran en Hallifax; ya partieron.

No es sino a costa de esfuerzos sobrehumanos que el personal de correos del ejército y la marina ha cumplido las tareas que impone una situación semejante; nuevas víctimas del vómito negro dejan cada día en el servicio huecos muy difíciles de llenar para realizar los objetivos de dichos servicios.

No me es posible por el momento ir a reunirme con el general de Lorencez, porque, lo repito, es necesario despejar las comunicaciones entre Veracruz y Orizaba. Rumbo a Veracruz, se puede intentar; ¿el general de Lorencez podrá hacerlo? Nosotros lo esperamos.

Pero... de aquí a Orizaba hay nueve días de camino, que han presentado desde el principio grandes dificultades que no han hecho sino acrecentarse. Para franquear espacios de tres, cuatro o cinco leguas como máximo a través de las arenas malsanas de la tierra caliente, la tropa procede con extremada lentitud; en muchos albergues se ve forzada a llevar su agua, sea porque allí se carece de ella o porque los pozos hayan sido emponzoñados por la malevolencia o la incuria y el número de los enfermos que habrá que transportar en coche sobrepasará en breve a todos los recursos de que se puede disponer.

Sin embargo, si las posiciones de Córdoba y de Chiquihuite, límites de la zona salubre, son tomadas a los mexicanos que las ocupan, podrá decidirse el empleo del resto de la guarnición de Veracruz, salvo los marinos; aventurar hasta el Chiquihuite un convoy que en todo caso no sería sino muy incompletamente escoltado, cuando más por 200 hombres.

Y todavía, es necesario admitirlo, ese último esfuerzo no podría realizarse sino exponiendo a los estragos de la enfermedad a una cierta fracción de la escolta que no es posible determinar de antemano.

Hoy, 27 de mayo, todavía no tenemos ninguna noticia oficial de la columna; pero indirectamente hemos sabido que ésta había regresado a Orizaba el 19 de este mes. Esta falta de noticias puede dar motivo a muchas conjeturas.

Esperando que el ejército pueda sostenerse en Orizaba y encuentre en la misma región los medios de subsistencia que parece impracticable llevarle de Veracruz, es necesario ponerse desde ahora en el caso de que se le obligara a batirse en retirada de este último punto. El imprevisto fracaso de Puebla impone el deber inaplazable de tomar medidas preventivas enérgicas a fin de aminorar los peligros de una situación que podría convertirse en crítica.

Nuestros enemigos, que son numerosos en el país -pues no es posible desentenderse de que ha habido una deserción poco menos que general-, se agitan y hacen correr rumores que nos parecerían alarmantes si no estuviéramos persuadidos de que son exagerados. Se da entender que el ejército, falto de víveres, no podrá sostenerse en Orizaba. Los habitantes de Veracruz, entre otros, son más hostiles de día en día y nos pintan como el apoyo de una reacción clerical que ofrece tanto más de...⁸ cargado, que son numerosos y sobre todo demasiado poderosos para que nosotros...⁸ Hasta hoy, la generosidad de...⁸ habitantes de la ciudad...⁸

También hay que decir, por último, que los más predispuestos contra nosotros son los extranjeros y ciertos franceses que...⁸

En espera de que se adopten medidas enérgicas, trabajo de acuerdo con el señor capitán de navío Roze, en organizar, el...⁸ con objeto de mejorar las defensas de la plaza y combatir los temibles efectos de la epidemia.

Ante todo, no sabría enaltecer demasiado el mérito del comandante Ciprien -?- Roze, quien, con una constancia y una abnegación admirables, hasta el presente día...⁸ toma a su cargo los insuficientes medios disponibles para superar las inmensas dificultades. Bajo su iniciativa, la marina entera lleva al cabo aquí, con la misma constancia y la misma abnegación de su jefe, un tipo de servicio no solamente nuevo para ella sino, además, lleno de peligros.

Yo coopero de todo corazón al cumplimiento de su tarea; nuestro acuerdo es completo; nuestros puntos de vista son idénticos y le ayudo con todos los medios de que dispongo para coordinar los diversos elementos de la guarnición de Veracruz. El jefe de escuadrón de Estado Mayor Lacroix, que se quedó aquí convaleciendo del vómito negro, nos

⁸ Ilegible en el manuscrito. Igual en las siguientes marcadas con el número 8.

secunda con toda su experiencia y con la más absoluta dedicación; su valiosa colaboración nos permite superar muchas de las dificultades.

El servicio de hospitales se ha hecho con el más grande empeño de los oficiales de salubridad de la marina y los del ejército que se hallan por ahora en Veracruz, los cuales comparten desde su llegada las mismas fatigas y los mismos peligros.

El ejército cuenta aquí con elementos de hospital considerables; pero los medios de hospitalización que se han traído de Francia no han podido utilizarse, porque no ha sido posible procurarse en la ciudad ni colchones ni jergones; no se utilizan más que catres; se han hecho fabricar algunos; pero no son muy sólidos y, en resumen, debe reconocerse que, en general, los enfermos están mal encamados.

En medio de tantas dificultades propias de esta situación, la suerte de los oficiales del ejército, sobre todo en Veracruz, es, aunque me duela decirlo, verdaderamente lamentable; su sueldo no satisface, de ninguna manera, las más elementales necesidades en un país donde no cuenta otra moneda sino el peso y donde el tipo de cambio que se les impone disminuye todavía, usurariamente, sus recursos ya insuficientes.

Soy con respeto, señor ministro, de vuestra excelencia, vuestro humilde y muy obediente servidor.

F. Douay
General de brigada

P. S.

Creo de mi deber, en atención a las familias respectivas, darle a usted los nombres de los oficiales que han sucumbido aquí, víctimas del vómito:

Lallemand, médico en jefe;
Bazoche, Michaux; ayudantes mayores;
Hanzelin, Toucas; médicos de la fuerza naval desembarcada;
Bouillon, teniente de navío, desembarcado;
Duval, Ánfray; comisarios de escuadra, desembarcados;

Bigot; capitán del pequeño depósito del 99º;
Lallier, subteniente del pequeño depósito del 99º;
Quenon, Mouchard, Lézary; oficiales del ejército;
Gillet; subteniente del pequeño depósito del 2º de . .
Curiel, Pessac, Ribais; capellanes.

Por otra parte, el número de bajas entre la tropa, en Veracruz, es de
180.

-Servicio del Ejército y la Marina-.

ZARAGOZA APLAZA EL ATAQUE A ORIZABA
EN ESPERA DE GONZÁLEZ ORTEGA

Acultzingo, mayo 30 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Teniendo noticia positiva de que pronto se incorporará a este cuerpo de ejército el señor González Ortega con una respetable división, me he resuelto a diferir el ataque de Orizaba hasta que él llegue con objeto de asegurar el triunfo; por esta causa me he retirado hoy de las puertas del Ingenio en el mejor orden y sin menoscabo de la moral de la tropa.

Recomiendo a usted a Inclán que construye el parque de carabinas Minié y usted, por su parte, active la recolección de víveres.

Consérvese usted bueno y cuente con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

GONZÁLEZ ORTEGA
LLEGA A CUAUTITLÁN

Cuautitlán, mayo 30 de 1862

Telegrama recibido en México, mayo 30 de 1862, a las cuatro y diez minutos de la tarde

Ciudadano Presidente de la República, don Benito Juárez:

Cuando llegue a Tlalnepantla o Ahuehuetes, me adelantaré para que hablemos y recibir órdenes.

Si me adelanto ya, se me van para México casi todos los jefes y oficiales de la división y esto será perjudicial a la marcha que quiero llevar; todos me han pedido licencia y se las he negado.

(Jesús González) Ortega

DECRETO DEL CONGRESO.
NOMBRAMIENTO DE PRESIDENTE
DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA
A GONZÁLEZ ORTEGA

El ciudadano Presidente Constitucional de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

Benito Juárez, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión ha tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1.- Es presidente constitucional de la Suprema Corte de Justicia el ciudadano Jesús González Ortega.

2.- Son magistrados constitucionales de la misma Suprema Corte de Justicia; primero, el ciudadano Juan José de la Garza; tercero, el ciudadano Joaquín Ruiz; sexto, el ciudadano Manuel Ruiz y tercer magistrado supernumerario, el ciudadano Guillermo Valle.

3.- Es procurador general constitucional de la nación, el ciudadano Antonio Florentino Mercado.

Dado en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, en México, a 30 de mayo de 1862.

José Linares
Diputado Presidente

Remigio Ibáñez
Diputado Secretario

Anselmo Cano
Diputado Secretario

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio del Gobierno Federal en México, a 31 de mayo de 1862.

Benito Juárez

Al ciudadano Jesús Terán, ministro de Justicia, Fomento e Instrucción Pública.

Y lo comunico a usted para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios, Libertad y Reforma. México, etc.

(Jesús) Terán

EL GENERAL GHILARDI MARCHA A MÉXICO
PARA INCORPORARSE A LAS TROPAS NACIONALES

Washington, mayo 31 de 1862

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

El 27 del que finaliza, se presentó en esta legación el general don Luis Ghilardi,⁹ según comuniqué a usted en mi nota número 177, de aquella fecha. Vino a este país de tránsito para la República, a donde va a prestar sus servicios en favor de nuestra causa. Trajo cartas de introducción del general Garibaldi para el presidente de los Estados Unidos y para el general Mc. Clellan y, durante su permanencia en esta capital, se proponía obtener algunos auxilios para México de armas o municiones de guerra. Tuvo dos conferencias con Mr. Seward y en ellas se convenció de que, por ahora, no le sería posible conseguir nada y se decidió a marchar, desde luego, al término de su destino.

Conociendo yo los buenos servicios que el general Ghilardi prestó en otra época a la República en circunstancias aciagas y creyendo que en las presentes serían muy útiles al país tales servicios, no vacilé en animarlo para que se fuera desde luego, diciéndole que tenía casi

⁹ Ghilardi, Luis G. (¿-1864). Nació en Luca, Italia, muy joven vino a México, donde sus ideas liberales lo llevaron a combatir en la Guerra de Reforma. Se le otorgó el grado de general de brigada el 30 de noviembre de 1855. Marchó a Italia y sirvió en las filas del patriota Garibaldi. Iniciada la guerra de intervención volvió a México para combatir contra los franceses y el imperio. Participó en el sitio de Puebla en 1863. Capturado en febrero de 1864, se le fusiló en Aguascalientes por los franceses el 17 de marzo de ese año. Autor de *Tratado de Táctica aplicada de las tres ramas* (1854).

seguridad de que sería bien recibido y ocupado en nuestro ejército y de que su persona se consideraría como una importante adquisición.

Para que continuara su marcha a la República había, sin embargo, un grande obstáculo y era la falta de recursos del general, que sólo había traído de Italia los necesarios para llegar a Nueva York. Yo estaba dispuesto a buscárselos, aunque con poca esperanza de conseguirlos por lo mucho que ha padecido el crédito de la República; pero afortunadamente el señor Barreda, ministro del Perú, luego que tuvo noticia de esta necesidad y, deseando también favorecer al general Ghilardi, ofreció los que se necesitaran.

De acuerdo con el general, le pedí la cantidad de \$1,800 que me dio y que entregué desde luego al general, según indica el recibo adjunto. Aunque esta cantidad parece considerable, no lo es si se atiende a que convenimos que el general se fuera por Panamá a Acapulco, que es la vía más segura y que, por ser más larga es también la más costosa y a que lleva consigo cinco oficiales italianos que abona como personas útiles y cuyos pasajes también era necesario pagar. El general saldrá de Nueva York el 2 del actual en el vapor para San Francisco.¹⁰

Para satisfacer al señor Barreda la cantidad que sin descuento ni interés tan bondadosamente facilitó, le he dado una letra por valor de \$1,800, girada por mi contra el ministerio de Hacienda y de la cual remito copia adjunta, suplicando a usted se sirva recabar del presidente las órdenes más eficaces para que se pague a su presentación, pues es una deuda de honor, cuyo pago creo que debe hacerse de toda preferencia.

Si, como no lo espero, el Supremo Gobierno no tuviere a bien aprobar este gasto que he hecho guiado solamente de lo que he creído que conducía al mejor servicio de mi patria, aunque sin tener autorización para erogararlo, espero que no por ello se deje de pagar la libranza y suplico a usted que su importe se abone en tal caso a los alcances que tengo contra el erario público como encargado de Negocios de la República.

¹⁰ La ruta que siguió fue Nueva York, Istmo de Panamá, Acapulco.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

ZARAGOZA APREMIA
PARA QUE SE LE ENVÍEN MUNICIONES

Ixtapa, mayo 31 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Siento positivamente que aún no se restablezca usted de sus males, pues esto no sólo refluye en su propio perjuicio, sino también en el del interés público.

Oficialmente pido a usted la remisión de municiones de infantería, manifestándole que ésta se haga dentro de seis días lo más tarde; así es que, si la maestranza de Puebla no puede cubrir este pedido con la brevedad necesaria, ocurra usted al ministerio de Guerra desde luego, pues, hablándole de este asunto, oficialmente le pido que de la capital se provean las municiones antes dichas, en todo o en la parte que a usted falte; mientras ellas se remiten y se acopian bastantes víveres, con cuya continua repetición habré fastidiado a usted, recomendándosela ahora nuevamente con encarecimiento, espero la llegada del ciudadano general Jesús González Ortega, para moverme de una manera final y decisiva sobre la plaza de Orizaba.

Alíviese usted y cuente siempre con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

DISCURSO DE JUÁREZ,
PRONUNCIADO EL 31 DE MAYO DE 1862,
AL CERRAR LAS SESIONES ORDINARIAS DEL CONGRESO

Ciudadanos diputados:

Al terminar hoy el segundo período constitucional de las sesiones del Congreso, podéis tener la grata satisfacción de haber desempeñado lealmente el encargo con que os honraron vuestros comitentes, pues en medio de todo género de dificultades y atravesando la crisis más grave porque ha pasado nuestra patria, habéis dado pruebas de abnegación y de cordura, sin más mira que la salvación de la independencia, de las instituciones y de la honra de la República.

Para atender a estos importantes fines habéis concedido al Ejecutivo las facultades necesarias y toda la libertad de acción que imperiosamente reclamaban las circunstancias. Esta inequívoca prueba de la honrosa confianza de la representación nacional, obliga más y más al gobierno a no omitir esfuerzos ni sacrificios hasta lograr el triunfo de la justicia y del buen derecho y que, una vez asegurada la independencia, el país vuelva al orden regular de las instituciones que con tanto heroísmo ha defendido.

El gobierno, para cumplir con este deber, se siente fuerte con vuestra confianza y con la eficaz y espontánea cooperación que encuentra en todos los estados y en los ciudadanos todos, siendo en extremo satisfactorio que el peligro haya servido para estrechar el lazo federal que forma la nacionalidad mexicana.

Los estados todos, aun los más distantes del teatro de los últimos acontecimientos, se apresuran a enviar sus contingentes al campo de batalla, donde el ejército nacional se ha cubierto ya de gloriosos laureles; los caudillos que guiaron al pueblo para conquistar la libertad y la

Reforma, lo guían ahora para defender la independencia y la soberanía de México y en todo el país se levanta una voz tan unánime como espontánea, protestando adhesión sincera a la Constitución de 1857 y al orden legal que de ella se deriva y rechazando con indignación los proyectos insensatos de intervenir en nuestros negocios interiores y de cambiar bajo la sombra de bayonetas extranjeras la forma de gobierno que libremente se ha dado la República.

Habéis admirado y recompensado con honoríficas distinciones las glorias alcanzadas por nuestro ejército en las Cumbres de Acultzingo y en los alrededores de la invicta Puebla. Habéis hecho oír vuestra voz augusta en favor de la justicia que nos asiste y excitado a nuestros conciudadanos a que se agrupen en torno de la bandera nacional.

El país entero corresponde a vuestro llamamiento y con tan poderoso concurso el gobierno protesta ante vosotros y ante el mundo, perseverar en la contienda, defender palmo a palmo el territorio de la República y sucumbir primero que pasar por la mengua o el vilipendio del generoso y esforzado pueblo mexicano.

El gobierno no cree que haya aumentado la fuerza del enemigo extranjero al admitir bajo sus banderas a las turbas de malhechores y asesinos que han marcado sus huellas con la desolación y el exterminio y que, armados por el fanatismo, han constituido la minoría turbulenta, que sin hallar el menor eco en la opinión, se ha opuesto al progreso y a la Reforma, proclamando principios, que por dicha del género humano, están desacreditados en el mundo entero. Por el contrario, al completar esas turbas su obra de iniquidad, manchándose con la traición a la patria, han impreso una mancha indeleble al pabellón del país que los acoge como auxiliares y han hecho que para los espíritus más alucinados sea clara como la luz la cuestión extranjera. Ante este hecho escandaloso y extraño en el siglo en que vivimos, para nadie puede ser ya un misterio lo que de México pretende el invasor y todos comprenden el cúmulo de males, de desastres, de horrores y de actos de barbarie de que sería víctima la República, si de grado o por fuerza se sometiera a la intervención oprobiosa de una potencia, cuyo gobierno, torpemente engañado, ha venido a emprender la restauración de una facción

aborrecida por el pueblo, vencida por la opinión, en pugna abierta con el progreso y la civilización y manchada con todo género de crímenes. El país, pues, ha comprendido, ciudadanos diputados, con ese instinto que jamás engaña a los pueblos, que perseverando en sus heroicos esfuerzos puede de una vez consolidar su independencia y sus instituciones que son la expresión de todos los principios democráticos, triunfantes en América desde que las antiguas colonias se filiaron entre las naciones soberanas.

El gobierno, siguiendo el espíritu de la opinión pública, lleva por mira en su política y en todos sus actos, este doble objeto de salvar la independencia y las instituciones republicanas en todo el desarrollo que adquirieron en la última revolución.

El gobierno se complace en reconocer que reina en el pueblo el amor a la independencia, a la par que la adhesión a la libertad y a la Reforma; que en los estados funciona regularmente el régimen constitucional y que son excepcionales y contados los casos en que hay necesidad de poner en uso las facultades discrecionales, sobre todo, en lo que se refiere al mantenimiento de la lucha con tanta gloria comenzada.

Las circunstancias generales del país, el peligro inminente en que se ha encontrado, la preocupación de los ánimos, fijos en el éxito de la contienda, os han impedido consagraros al examen de los puntos que en tiempos normales os señala la Carta Fundamental en este período de sesiones.

Habéis hecho, sin embargo, cuanto vosotros y con vosotros los pueblos, han creído conveniente para la defensa de la independencia nacional y, hasta donde ha sido posible, habéis atendido a otros puntos no de tan grave importancia. En la misma situación se ha hallado y se halla el Ejecutivo y hasta donde se lo permitan atenciones más preferentes, procurará con afán y energía la mejora de la administración pública en todos sus ramos, para evitar que la guerra produzca, como ha sucedido en pueblos más sólidamente constituidos, una completa desorganización social.

Rota la Convención de Londres, la guerra es sólo con una de las potencias que suscribieron aquel pacto y existen fundadas esperanzas de

que con las otras dos pronto se restablezcan nuestras relaciones bajo el pie de mutuo interés y de franca y cordial amistad.

México mantiene buenas relaciones con las otras potencias europeas y el gobierno acaba de ratificar un tratado liberal y recíprocamente ventajoso con el Reino de Bélgica, en el que queda elevado al rango de pacto internacional, el principio de la libertad de conciencia, proclamado por nuestra revolución progresista y del que pueden aprovecharse en nuestro inmenso territorio los hijos de todas las naciones.

De los países de América, con los que nos unen vínculos de fraternidad, México recibe continuas pruebas de simpatía y puede decirse que todo el continente se siente amenazado por la injusta agresión que nosotros tenemos que rechazar. ¡Pluga a Dios que el triunfo de México sirva para asegurar la independencia y respetabilidad de las repúblicas hermanas!

El hecho solo de haber terminado el Congreso de la Unión sus períodos de sesiones y de estar en él representados todos nuestros estados, habla muy alto en favor de la estabilidad de nuestras instituciones y del apoyo que encuentran en la libérrima voluntad de nuestros conciudadanos.

No se interrumpirá esta marcha regular de la República en la senda del orden y de la libertad; el pueblo está ya convocado a nuevas elecciones; procederá, el gobierno lo asegura, con la más amplia e ilimitada libertad y sabrá inspirar sus deseos y sus aspiraciones a los distinguidos ciudadanos a quienes honre con el cargo de representantes.

La liza electoral es campo abierto a todas las opiniones políticas; es el terreno en el que, sin trastornos ni perturbaciones, pueden combatir todas las ideas y a él deben descender todos los partidos que tengan fe en sus teorías y en el buen sentido del pueblo, única fuente pura del poder y de la autoridad. Los que no acepten esta lucha pacífica y recurran a medios reprobados, serán conspiradores y traidores y se estrellarán ante ese mismo pueblo que, con adhesión y cordura desea la paz interior, y ha hecho triunfar el principio de la estricta legalidad.

¡Ciudadanos diputados! Vuestra conducta ha sido patriótica y digna del pueblo de que sois representantes. El patriotismo y el amor a la independencia han sido la guía de nuestros actos. El gobierno os agradece vivamente el poderoso concurso que le habéis prestado en favor del país y os cree dignos de la gratitud nacional.

Dije.

RESPUESTA DEL SEÑOR LINARES,
PRESIDENTE DEL CONGRESO,
AL DISCURSO PRONUNCIADO POR JUÁREZ
EN LA CLAUSURA DE LAS SESIONES

Ciudadano presidente:

La serie de acontecimientos que con inaudita rapidez se han sucedido en los cinco meses que van corridos desde el año de 1862, demuestran que la nación mexicana aún está vigorosa y dispone de los elementos bastantes para hacer respetar y continuar su marcha por la senda del progreso, sin temor a los obstáculos que sus malos hijos y algunos extranjeros ingratos han querido suscitarle. En medio de estos sucesos ha transcurrido el último período de las sesiones ordinarias del Congreso de la Unión y éste ha debido, en vista de lo pasado, proveer a las necesidades que se anunciaban, robusteciendo a la autoridad del centro y auxiliándola en su obra de patriotismo y de unión perpetua.

Los Preliminares de la Soledad, que dieron origen a la paz con la Gran Bretaña y que abren de nuevo nuestras relaciones con su majestad católica [S. M. C], pesaron sobre los que viven de nuestras revueltas intestinas y que, no teniendo elementos para fomentarlas, vieron su última salvación en la Convención de Londres que pensaban explotar a su provecho. Aquellos preliminares que han sido sancionados por la aceptación universal, son un timbre de gloria para el Supremo Gobierno y una esperanza de felicidad para nuestra patria; así lo proclamó la opinión y, la Cámara, fiel órgano de sus comitentes, prorrogó por su decreto de 3 de mayo la duración de las amplísimas facultades con que el Ejecutivo se halla investido. Este voto de confianza, otorgado por una gran mayoría, estrecha más los vínculos del gobierno para con el pueblo

y es la más terminante demostración de la legitimidad del poder público que ahora rige los destinos de México.

Rota la Convención de Londres por anomalías que no registra el derecho de las naciones, la Cámara creyó como un deber dirigir al pueblo la palabra y lo hizo por medio de un manifiesto en que expresa cómo estima los motivos que impulsan al gobierno imperial de Francia para traernos la más injustificable guerra y protesta contra cualquiera intervención que pretendan tener los pueblos extranjeros en nuestros asuntos domésticos.

En este documento se hallan consignados con verdad y franqueza los sentimientos que animan al actual Congreso y se interpreta fielmente la voluntad nacional, sin encono contra el soberano engañado que nos manda arrebatar nuestros derechos ni contra los hijos de la nación francesa que por todas partes han extendido las ideas de la igualdad y la fraternidad.

Los triunfos de nuestras armas han inspirado al Congreso la idea de premiar a los buenos mexicanos que las han llevado con honor, procurando días de gloria para la patria. Con este fin se dictó la ley en que se recompensa con honores y merecidas distinciones a los que combatieron y viven y se atiende con predilección a las familias de los que perecieron en defensa de la nacionalidad mexicana. La Cámara, al conducirse de esta manera, ha llenado uno de los más satisfactorios deberes que le impone la Constitución, honrando a los leales servidores de la patria que se han distinguido en el principio de esta guerra con sus acciones gloriosas, las que servirán de estímulo para sus hermanos y de modelo para sus hijos.

La formidable presencia de los invasores no ha impedido que el Congreso piense en las necesidades que pueden afligir a la patria, ya sea que se consiga la completa pacificación del país o que la guerra tome mayor incremento; durante este corto periodo se ha ocupado sucesivamente de la creación de los tribunales federales, de la organización del distrito y de la integridad del Supremo Poder Judicial; aún no se ve el término de estos trabajos que completará la nueva Cámara que debe suceder a la actual y la única disposición de importancia que se

expidió es la que declara quiénes son los ciudadanos que han merecido el voto popular para ocupar las vacantes de la Corte de Justicia. La elección que se ha hecho deja conocer la tranquilidad de que se disfruta, así como la adhesión del pueblo al gobierno nacional y asegura para lo sucesivo la subsistencia del poder público que, cualesquiera que sean las desgraciadas emergencias que puedan sobrevenir, no podrá quedar acéfalo y la nación tendrá siempre un centro legal a quien reconocer y respetar. Al retirarse el Congreso que cierra hoy sus sesiones, se congratula con el Gobierno Supremo por el valor y patriotismo de que los mexicanos han dado tan brillantes pruebas y abriga la esperanza de que, bien dirigidas estas virtudes, serán bastantes para hacer a esta nación respetable e impondrán temor a los invasores y a los traidores que pretenden someterla al vergonzoso yugo de la esclavitud.

El Congreso deja en manos del Ejecutivo un inmenso poder para afrontar la situación crítica que el país atraviesa y no teme que el gobierno abuse de esta suma de facultades; sus actos anteriores son una garantía de los futuros y la política que ha adoptado hace esperar que todas sus miras se dirigirán a la felicidad general.

Concluye, pues, el Congreso sus tareas, elevando a la Providencia sus más fervientes votos porque conceda a los actuales gobernantes la satisfacción de haber salvado a la patria y con ella los principios de la libertad y la Reforma.

(Mayo 31 de 1862)

SIGUE LA FORTIFICACIÓN
DE PUEBLA

Palmar, junio 1º de 1862

Ciudadano general Miguel Blanco
México

Muy estimado amigo y compañero:

Sólo tengo de nuevo comunicarle la llegada del ciudadano comandante Telésforo Tuñón Cañedo a este pueblo y por otros informes que todos nuestros prisioneros de Barranca Seca se han escapado paulatinamente del poder del enemigo.

Adjunto a usted una carta del ciudadano general Gayoso, a quien se han encomendado los trabajos de fortificación de la ciudad de Puebla, para que por ella se imponga de cuáles son las causas y los motivos porque se retardan.

Consérvese usted bueno y disponga como siempre del afecto de su amigo y compañero que lo aprecia

Ignacio Zaragoza

ZARAGOZA PROPONE A LORENCEZ QUE CAPITULE

Señor general en jefe de las fuerzas francesas
en México
Orizaba

Tengo datos para creer que usted y los jefes y oficiales de la división de su mando, han remitido una protesta al emperador contra la conducta del ministro Saligny, por haberles arrastrado con engaño a una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido el mejor amigo del pueblo francés. Esta circunstancia, el conocimiento de la situación difícil que guarda el ejército francés y el deseo de procurarle una retirada honorífica, me deciden a proponer a usted una capitulación cuya base principal sea la evacuación del territorio de la República en un tiempo convenido.

Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento a la paz porque, sin traslimitar mis atribuciones, puedo evitar el derramamiento de sangre de los hijos de dos naciones a quienes sólo el error y la intriga han podido hacer aparecer como enemigos y este pensamiento ha sido el del gabinete constitucionalista desde el principio de la invasión.

Si no se acepta este ofrecimiento hecho a la parte de los franceses que vienen de buena fe, habré llenado mi último deber en la vida humanitaria y procederé a cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, únicamente sobre los que se han obstinado en una empresa condenada por la razón y la justicia.

Libertad y Reforma, cuartel general en Tecamaluca a 10 de junio de 1862.

Ignacio Zaragoza

EXAMINA ZARAGOZA LA POSIBILIDAD DE UN CANJE
DE PRISIONEROS FRANCESES

Palmar, junio 2 de 1862

Al ciudadano general Miguel Blanco
México

Estimado amigo y compañero:

Por mis últimas fechas se habrá impuesto usted que me he resuelto esperar la llegada del señor González Ortega; sólo recomiendo a usted mucho que se active su marcha para este cuerpo de ejército, pues entra ya la estación de las aguas y la dilación de un solo día puede darnos pésimos resultados.

Desde antes que me aproximara a Orizaba, había hecho traer de Perote aquella artillería y municiones que juzgué a propósito para el ataque; en ellas no se cuenta ni morteros ni piezas gruesas, porque ni hay necesidad de oponer armamento de esta clase al enemigo, que sólo cuenta con artillería ligera aunque ventajosa, ni sería propio en la actual estación ni circunstancias del mismo enemigo; éste, según los informes que tengo, nos libraré batalla campal en el llano del Ingenio y los trenes pesados serían un estorbo y un verdadero obstáculo en caminos y terrenos, que con la lluvia se hacen casi intransitables. Por lo demás, cuando se incorpore el señor González Ortega, reforzará la división del señor (de la) Llave.

Adjunto a usted copia de una carta que recibí de Coscomatepec, para que por ella se imponga de las recientes noticias que ella contiene; adjunto a usted también copia del pasaporte con que se me presentó ayer el ciudadano comandante Telésforo Tuñón Cañedo, él volverá a Orizaba

y llevará un mes de haber para sus compañeros de prisión. No he querido ni darme por entendido de las indicaciones que se hacen en el expresado pasaporte sobre el canje de prisioneros, porque son muy indirectas e inusitadas en la práctica de los ejércitos; nuestros prisioneros sufrirán hasta que sean rescatados por la fuerza de las armas o el canje se proponga y acepte mutuamente de aquella manera digna y decorosa que usan los países cultos. No quiero dar absolutamente motivo de que los insolentes franceses tengan un pretexto para calificarnos desfavorablemente. He pedido una relación de los prisioneros franceses que existen en Puebla, aunque yo no les he considerado como tales, supuesta la manera bárbara y términos de la agresión francesa, para tener antecedentes en caso de un canje; yo deseo que en la presente lucha nos mostremos tan civilizados como la nación más adelantada.

Adjunto a usted, por último, el boletín de Orizaba, sobre el que no hago a usted comentario alguno, porque, además del rubor que me causa tan asquerosa traducción, la indignación que me produce, no sugiere palabras para calificarla dignamente a su afectísimo amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

P. D.

Además de lo que últimamente tengo dicho a usted sobre parque, le recomiendo mucho dé sus órdenes para que en Puebla se ponga un depósito lo menos de 500 mil tiros de fusil con algo de las demás armas de infantería y artillería de batalla, porque usted sabe que no basta ningún esfuerzo para impedir que nuestros soldados gasten el parque inútilmente, agregándose a esto que no tenemos sino el muy limitado.

ZARAGOZA ESPERA LA LLEGADA
DE GONZÁLEZ ORTEGA

Palmar, junio 2 de 1862

Ciudadano Benito Juárez
México

Muy estimado amigo:

Deseo con ansia la llegada del señor González Ortega, y encarezco a usted mucho se empeñe en que cuanto antes emprenda su marcha, pues entra ya la estación de las aguas y la dilación de un día nos podrá acarrear grandes dificultades.

Consérvese usted bueno y cuente siempre con el afecto de su amigo y servidor que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

ZARAGOZA NO DESEA PERMITIR
EL PASO A ORIZABA

Chalchicomula, junio 4 de 1862

Ciudadano Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

He mandado a usted todos los transportes que estaban desocupados y mandaré a usted sucesivamente los que estén en el mismo caso; así que, si no bastan, procure usted que los que los tienen en esa ciudad, por contrata o de cualquiera otra manera, los presten para el servicio, así como han facilitado los víveres de que usted me habla.

Por el parque de fusil de Enfield no se apure usted mucho, porque no me es muy urgente; mas sí le recomiendo el acopio y remisión de lo demás.

Me parece que no estoy autorizado para conceder permisos de pasar a Orizaba y, por lo mismo, si su recomendado no lo tiene del gobierno, no me es posible obsequiar la recomendación de usted.

Hasta hoy recibí los útiles de escritorio que le tenía pedido. Su afectísimo amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

De Oaxaca, llegaron a Tehuacán 300 reemplazos, que han sido dados de alta en la brigada de Porfirio Díaz.

ALMONTE IMPONE A LOS MEXICANOS
LA OBLIGACIÓN DE INCORPORARSE A SU BANDO

Don Juan N. Almonte, general de división, jefe supremo interino de la nación mexicana, a sus habitantes, hago saber:

Que en uso de las amplias facultades de que me hallo investido por el plan proclamado en Córdoba, he tenido a bien decretar y decreto la siguiente ley:

Artículo 1º- Todos los mexicanos, en ejercicio de sus derechos de ciudadano, están obligados a aceptar y desempeñar los cargos y comisiones que les confiera el jefe supremo de la nación y los gobernadores de los departamentos en los límites de sus atribuciones.

Artículo 2º- Las excusas y renunciaciones sin causas legítimas y justificadas, serán calificadas como delito de desafección al gobierno y al nuevo régimen establecido.

Artículo 3º- Son causas legítimas para excusas o renunciaciones: la edad sexagenaria y las enfermedades crónicas que impidan absolutamente el desempeño del cargo o comisión.

Artículo 4º- Los que sin causa legítima y justificada se excusaren de admitir o desempeñar el encargo o comisión para que fuesen nombrados, incurrirán en la pena de extrañamiento de la República por el término de seis meses a dos años, que irremisiblemente aplicará el jefe supremo de la nación y los gobernadores de los departamentos en su caso.

Artículo 5º- Los gobernadores darán cuenta por el ministerio de Gobernación al Supremo Gobierno, del uso de las facultades que esta ley les concede en cada caso que ocurran, llevándolas a ejecución sin esperar la contestación del Gobierno Supremo para aplicar la pena.

Publíquese, imprímase, circúlese y désele el debido cumplimiento.

Dado en Orizaba el 4 de junio de 1862.

Juan N. Almonte

Al Subsecretario del ministerio de Relaciones Exteriores y de
Gobernación, licenciado don Manuel Castellanos.

MIRANDA
LLAMA A SANTA ANNA

La Habana, junio 5 de 1862

Excelentísimo señor general de división,
Benemérito de la patria,
don Antonio López de Santa Anna
Saint Thomas

Muy señor mío y de mi distinguida consideración:

Cualquiera que sea el juicio que usted tenga formado de mí, respecto de la importante persona de usted, creo que no dejará de conocer que el fondo de mi carácter lo forman la buena intención, la lealtad y el patriotismo. Sobre estas bases, tratándose de los negocios públicos, no considero las personas en sus cualidades personales sino con relación al bien o al mal que de su intervención puedan resultar a la patria.

Todas las personas que han hablado conmigo con referencia a usted para llevar a buen término los negocios actuales de México, me han oído decir únicamente, que nadie era más a propósito que usted, bajo todos aspectos, para conducir y salvar la situación; pero que teniendo yo la convicción de que usted no se presentaría en México mientras México estuviese en revolución, el nombre de usted, sin su presencia personal, sólo serviría de un elemento de discordias en el campo de las discordias y que, por lo mismo, no era prudente invocarlo; de modo y, para aclarar el concepto que estoy exponiendo, diré que si como todo lo veía yo fácil presentándose usted en México, todo lo veía difícil permaneciendo usted a la distancia en que se encuentra y como tales convicciones, repetiré, eran profundas en mi espíritu, he creído excusado tratar con usted de la

situación, aunque no sin harta pena mía, supuesto, que fuera de usted, ni he visto ni veo otro que puede salvarnos.

Esta es la explicación franca y sencilla del silencio que con usted he guardado en esta época, silencio que al fin me veo en la necesidad de romper tanto porque sé que usted lo extraña cuanto porque los males que sufrimos son ya de tal naturaleza que es preciso que todos cooperemos a conjurarlos y usted está llamado a desempeñar el principal papel en tan grandiosa obra. Si usted, por fin, en vista de lo que está pasando en nuestro desgraciado país, se resuelve a dirigirse a sus playas, tenga usted la bondad de decírmelo, dirigiéndome sus apreciables letras a París, bajo la cubierta de nuestro respetable amigo el señor Gutiérrez de Estrada.

El general Márquez, jefe del Ejército Nacional, recibirá a usted con aplauso y el movimiento que usted comunique con su presencia al mismo ejército, será secundado con la velocidad del rayo. No detenga a usted, para decidirse, el movimiento iniciado en favor del señor Almonte, porque este señor no cuenta con ningunos elementos y temo que, por su apatía, moderantismo e indolencia, perderá aun los que con tantos trabajos he puesto en sus manos. No es, por otra parte, hombre que pueda resistir a nadie y, convencido de su inhabilidad, abandonará fácilmente la situación. Pocos días lleva de estar en la República y ya su desprestigio entre nacionales y extranjeros, es incomparable.

En esta virtud, señor general, usted no tiene que hacer más que presentarse en Veracruz y dejar que las cosas sigan su curso natural.

Con ocasión de la retirada de las tropas francesas de Orizaba, los negocios se prolongarán cuatro o cinco meses y usted tiene sobrado tiempo para disponerlo todo convenientemente.

Por varios conductos recibirá usted noticias de lo que ha. . .

(Francisco Javier Miranda)

ZARAGOZA, AÚN ENFERMO,
ESTÁ PENDIENTE DE LOS VÍVERES
PARA EL EJÉRCITO

Palmar, junio 6 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Mi querido general:

El general Zaragoza está actualmente en la cama, aplicándose una medicina que no le permite desabrigarse y, como el asunto que lleva el portador es muy importante, me ha ordenado que ponga y firme la comunicación adjunta así como también la presente, con el objeto que voy a manifestarle.

El general encarga a usted mucho que haga esfuerzos supremos por mandarle las raciones, pues es la salvación del ejército y el término de la guerra la remisión de víveres, cuya falta daría por resultado perder el tiempo inútilmente en perjuicio de la patria.

También recomienda a usted le remita, con la brevedad posible, todo el parque Minié que haya construido y el demás que se ha pedido para infantería.

Deseo que se restablezca usted completamente, aprovechando esta oportunidad para ofrecerme a sus órdenes como su afectísimo subordinado y amigo que lo aprecia.

Lázaro Garza Ayala

LAS TROPAS DE ZACATECAS
SE ACERCAN

Palmar, junio 6 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Como el correo con que usted me mandó la primera remesa de útiles de escritorio, fue primero a Tehuacán y aquéllos se me habían agotado, repetí a usted el encargo y hoy lo tengo ya recibido por duplicado con un piquito más que usted me mandó.

Mucho me alegro de la llegada de las fuerzas de Zacatecas, pues saldremos de una vez de este estado de inacción; ahora importa mucho la recolección y remisión de víveres, así como también la del parque que le tengo pedido y le encargo de preferencia, sin perjuicio del depósito de que oficialmente le hablo.

Lo que se dice de Zuloaga y pacotilla remitidos a Veracruz, es un hecho indudable, y también lo es que el vómito hace estragos en Veracruz.

Aún no tengo noticia de que hayan llegado a Tehuacán los reemplazos de los cuerpos de Oaxaca y, en el caso, mereceré a usted como un favor muy particular, todos se diesen de alta en la brigada Díaz, pues ésta está muy diminuta y pronto va a entrar en campaña, mientras que usted se puede tomar altas de Puebla.

Ni siquiera noticias tenía de que el proveedor González estuviese en Teziutlán y, por lo mismo, ignoro si se le habrá considerado en los prorrates; si nada hubiere percibido, veremos cómo se subsana ese mal.

Celebro que usted ya esté restablecido y deseo que conserve la salud que actualmente falta a su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

ROMERO ENTREVISTA
AL GENERAL PRIM EN WASHINGTON

Washington, junio 6 de 1862

Señor ministro de Relaciones Exteriores
México

Antier a las siete de la noche llegó a esta ciudad el general Prim, acompañado del brigadier Millans del Bosch y de otras personas de su comitiva. Ayer por la mañana fui a hacerle una visita para presentarle mis respetos. Estuve con él un rato corto. Me preguntó con el mayor interés qué noticias tenía yo de México y se sorprendió mucho al saber que sólo una vez al mes se reciben aquí. Le hablé en términos generales de su conducta en México, diciéndole que la consideraba tan ventajosa para México como para España; que ella inauguraría una nueva época en las relaciones entre España y las repúblicas hispanoamericanas, pues que hasta aquí, por una cadena de circunstancias desgraciadas, la España había aparecido como un amago constante contra la independencia de dichas repúblicas; pero que, llevando a cabo la política iniciada por el general, sería en lo futuro una garantía efectiva de la independencia de las mismas.

El general Prim me dijo que en lo hecho había tenido una parte muy corta, pues que todo era debido a las sanas intenciones de la reina de España, cuyos deseos había seguido; que antes de aceptar el mando del ejército expedicionario, trató de saber cuáles eran las verdaderas intenciones de su gobierno y que cuando supo que eran idénticas a las suyas, no vaciló en aceptarlas.

En la noche le dio una comida el señor Tassara a él y a sus ayudantes, para la que tuvo la bondad de invitarme. Mr. Seward, que

también asistió a la comida, estuvo hablando después de ella un rato largo con el general Prim, en cuya conversación serví yo de intérprete. El general Prim dijo que las intenciones de los franceses eran de poner a todo trance en el trono de México al archiduque Maximiliano de Austria; pero que él consideraba esta empresa enteramente irrealizable; que para no tener participio ninguno en la responsabilidad de dicho atentado, resolvió salirse del país con sus tropas; que los comisionados franceses le pusieron cuantos obstáculos pudieron a su marcha y que hasta le dijeron que si volvía a Veracruz moriría la mayor parte de su fuerza, a lo que contestó que prefería verlos muertos a todos y aun él mismo, antes que autorizar con su presencia los desafueros de los franceses y concluyó diciendo que la España había hecho ya cuanto podía en favor de la independencia de México y que ahora quedaba a los Estados Unidos desempeñar su parte.

Mr. Seward no contestó nada a esta última indicación; dijo generalidades, como que la época de las conquistas había pasado ya; que no había ejemplo de que una conquista hecha por la Francia de posesiones inglesas hubiera sido conservada, mientras que todas las de posesiones francesas hechas por la Gran Bretaña lo habían sido; que si la Francia quería ser colonizadora, por qué no empezaba con el Bajo Canadá, que ha sido y permanece una provincia francesa y no que quería conquistar a México que es un país eminentemente español y con pocos puntos de afinidad con la Francia; que la Europa no podía meterse a colonizar en este continente, pues que haría con impedir que la influencia que sale de aquí se difundiese de tal manera en aquel continente que trastornase el sistema político actual; dijo también que era una cosa muy sensible que la expedición francesa a México no hubiese ocurrido un año más tarde, para cuyo plazo cree que los Estados Unidos estarán ya en paz. En el curso de su conversación dijo que los Estados Unidos no deseaban un palmo más de territorio de México y que si México les ofrecía alguna parte de él, no lo recibirían, a lo que yo les respondí que me alegraba mucho de saber que tales fueran las ideas de la administración; dijo, además, que para el 1º de agosto próximo, tendrían los Estados Unidos veinte vapores blindados iguales al *Monitor* y

continuarían construyendo más hasta que hicieran reconocer a las potencias marítimas de Europa el hecho de que este país no está dividido.

En seguida se despidió Mr. Seward y me quedé yo hablando solo con el general Prim; le dije que esperaba yo que continuaría siendo en el Senado y ante el gobierno español el amigo desinteresado y sincero de México y que seguramente tendría ocasión para prestarle en lo futuro servicios tan grandes e importantes como los pasados. Me contestó que lo haría así y volviéndome a hablar de las noticias de México, me suplicó que escribiera yo a mi gobierno, que haga cuanto esté a su alcance porque en todos los buques que salgan de la República, de todos los puertos en ambos océanos, vengan noticias fidedignas y oficiales de lo que pasa, pues que si los franceses continúan como hasta aquí con el monopolio de las noticias, haciendo circular solamente las que les convengan, la opinión pública continuará extraviada en Europa y aun a él mismo le sería difícil defender nuestra causa en España. Le dije que yo estaba persuadido de la necesidad que él quería hacer remediar y que comunicaría sus deseos a mi gobierno, teniendo seguridad de que haría lo posible por satisfacerlo, pues no tenía duda de que cualquiera indicación que emanara de él sería recibida con la mayor consideración y atendida en todo lo posible.

Esta mañana se recibió un parte telegráfico con la noticia de que la fragata de los Estados Unidos *Potomac*, había llegado a Key West con la noticia de que los franceses habían sido derrotados en México y de que se retiraban para Veracruz. Vino también la de que el gobierno español había aprobado la conducta del general Prim al retirarse de la República con las fuerzas españolas. Se las llevé desde luego al general, quien me dijo que no creía la primera, porque había visto al ejército francés y no le parecía que nuestras fuerzas lo pudieran derrotar en una batalla campal y le causó satisfacción sobre la segunda. El general fue presentado hoy al presidente y en la tarde salió para el campamento del general McClellan, en las inmediaciones de Richmond.

El brigadier Millans del Bosch dijo anoche al señor Tassara, en presencia mía, que no había visto pueblo más patriota que el mexicano, ni hombres más puros, más sinceros, más dispuestos a sacrificarse por los

intereses de su país, que los que forman el actual gobierno de México. Dijo que del ejército mexicano no se había pasado un solo soldado al español, mientras que del español se pasaron 600 al mexicano; que al salir de Madrid iba creyendo en la conveniencia de restablecer en el poder a Miramón, pero que muy pronto se desengañó; que, en todo el tiempo de la permanencia en México del ejército español, no había habido, con excepción de don Manuel Robles (Pezuela), un solo mexicano que fuera a pedirle protección o a quejarse de que estuviera oprimido. Me dijo a mí en seguida que Mr. Seward le había pedido informes sobre el personal del gobierno de la República y que le había dado los más satisfactorios. Seguramente a esto se debe el que Mr. Seward dijera al general Prim, en la conversación que antes referí, que estaba satisfecho del patriotismo, prudencia y tino que ha manifestado en esta ocasión el gobierno de México, cuyo cumplimiento tuvo la bondad de hacerlo extensivo a mí personalmente.

Me dijo, además, el brigadier Millans que, al partir el general Prim de Madrid, le había encargado la reina que procurara evitar una guerra con México, "pues que una guerra contra ustedes y los mexicanos, fueron sus palabras, me costaría a mí lágrimas de sangre". El brigadier se manifestó muy satisfecho de haber evitado la guerra y de que con la noble conducta que siguieron en México, hubieran conseguido tornar el nombre español de odioso y despreciable que era, en querido y respetado. Reconoció lo mismo que el general había dicho antes, que la mala voluntad que tenían los mexicanos para con los españoles, se debía en gran parte a la mala representación que España había tenido en México e indicó que iba a trabajar porque el señor don Miguel de los Santos Álvarez volviera a la República como ministro español.

Tanto el brigadier Millans como los demás miembros de la comitiva del general Prim me informaron que el general Serrano, capitán general de la Isla de Cuba, estaba decididamente en favor de los franceses; no se publican en la isla sino las noticias y documentos oficiales favorables a ello y todo sometiéndolo a la previa censura del cónsul francés. Varias cartas del señor Pérez Calvo, cronista de la expedición, aprobadas por el general Prim, no se imprimieron por causa

de la referida censura y las cosas llegaban al grado de que el general Serrano usaba en sus comunicaciones al gobierno español frases mal traducidas de las cartas de Mr. de Saligny. A la llegada a La Habana del general Prim, reconoció el general Serrano el error en que había estado respecto de los asuntos de México y así lo dijo al gobierno de Madrid, agregando que el partido adoptado por el general Prim le parecía el mejor que pudo haberse seguido.

El cronista de la expedición lleva varios datos importantísimos y documentos oficiales que descubren de una manera irrefragable todas las infamias de los franceses. Todo esto se propone publicarlo a su llegada a Madrid, la que espera tendrá lugar a mediados del mes entrante.

Al salir el general Prim para Baltimore, lo vi en los carros y me dijo que acababa de recibir noticias oficiales de su gobierno, en que se le comunicaba que su conducta en México, incluso la retirada del ejército español, había sido enteramente aprobada. Me suplicó transmitiera yo a usted esta importante noticia por la primera oportunidad.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

MAXIMILIANO
ADULA A NAPOLEÓN

Palacio de Bruselas, mayo 18 de 1862

A Napoleón III

Sire:

Uno de mis grandes pesares en el penoso viaje que el estado de mi suegro nos ha forzado a hacer a Bruselas, es que estando a tan corta distancia de París, no hemos podido ir con la archiduquesa a ver a sus majestades imperiales [SS. MM. II.]. Sin contar con que, en las circunstancias en que aquí nos encontramos, nos sería difícil abandonar Bruselas.

Sin duda, vos habrías sentido como yo, Sire, que tal actitud confirmaría los rumores demasiado divulgados, lo que habría sido incompatible con la reserva que he adoptado como ley, según las recomendaciones de vuestra majestad [V. M.] Esta reserva es tal que, por un lado, me ha hecho renunciar al placer de ver aquí a los señores Gutiérrez de Estrada e Hidalgo y, por otro, me ha impedido hacer una corta visita a Londres donde V. M. puede creerme que me habría encantado ver la exposición. Creedme, Sire, que estoy desolado de que no me sea posible, en las actuales circunstancias, satisfacer el deseo de mi corazón y hago votos para que los asuntos, al tomar un giro más preciso, me permitan realizarlos a corto plazo.

Rogándoos, Sire, ponerme a los pies de S. M. la emperatriz, soy de vuestra majestad ilustrísima [V. M. I.] con la más alta consideración, vuestro muy devoto servidor y primo.¹¹

Maximiliano

¹¹ Original en francés.

LORENCEZ HABÍA OFRECIDO A NAPOLEÓN
LLEGAR A LA CIUDAD DE MÉXICO EL 25 DE MAYO

París, junio 7 de 1862

A su alteza ilustrísima
(Fernando Maximiliano, archiduque de Austria)

Mi hermano:

Entiendo que vuestra alteza ilustrísima [V. A. I.] no haya podido venir a París en las presentes circunstancias, pero no por eso lo siento menos, pues sabe cuán felices hubiésemos estado de verla.

Las noticias de México son muy buenas desde que, al fin, salimos de los tanteos y las ridículas concesiones que el general Prim hacía al gobierno mexicano; sin embargo el próximo correo traerá, sin duda, novedades decisivas, pues si se pronuncia la gran ciudad de Puebla apostaría que el resto la seguirá.

Ninguna clase de intrigas dejó de hacer Prim para tratar de frustrar nuestros proyectos, pero felizmente todo será en perjuicio suyo. Yo he seguido siempre un camino recto. Estando en guerra con el gobierno mexicano no he querido tratar con él; he dicho a mis representantes que de ningún modo se trataba de imponer a los mexicanos un gobierno cualquiera, sino de apoyar la monarquía, si tenía partidarios en el país y posibilidades de estabilizarse.

Esta conducta era muy simple y muy leal y, sin embargo, se ha querido desfigurar mis intenciones y desnaturalizar el carácter de la intervención. Creo que los ingleses estarán muy satisfechos si esto tiene buen fin, pero no quieren ayudarnos a sacar las castañas del fuego.

Estoy impaciente por saber lo que ha pasado desde hace un mes; el general Lorencez me escribió que pensaba llegar a más tardar el 25 de mayo a México. La fiebre amarilla es el único obstáculo para el envío de nuevos refuerzos.

Ruego a vuestra alteza reciba la seguridad de los sentimientos de alta estima y sincera amistad con que soy de V. A. I. el buen hermano.¹²

Napoleón

¹² Original en francés.

LA EMPERATRIZ EUGENIA
ACUSA DE MALA FE A PRIM

Tullerías, junio 7 de 1862

A la archiduquesa Carlota

Señora:

Antes de contestar su carta de Bruselas, esperé correo de México a fin de transmitir las novedades a V. A. I.

Sentí mucho no haber podido conocerlos, estando tan cerca de nosotros, pero comprendo la imposibilidad de vernos en las actuales circunstancias.

Las noticias son excelentes. El general Lorencez se cree ya dueño del país por haber pasado el Chiquihuite. Diariamente nos llegan adhesiones de generales y de ciudades; el país está cansado de discordias y sueña con un gobierno estable que le dé posibilidades de desarrollarse y, en consecuencia, funda toda su esperanza en la monarquía.

El pobre general Almonte ha sufrido mucho en estos últimos tiempos por la mala fe del general Prim y de Sir Charles Wyke. El primero quería trabajar para sí mismo y el comisario inglés lo ayudaba, sabiendo bien que, en última instancia, le sería fácil engañarlo; pero la suerte ha decidido en otra forma y ¡henos aquí, gracias a Dios, sin aliados!

Ha sido un hecho muy significativo que, mientras actuábamos en conjunto, ni un solo mexicano se ha manifestado a nuestro favor, ni siquiera Juárez para quien el tratado o, para decir mejor, los preliminares fueron un triunfo; pero, desde que nuestra acción se ha liberado, el país se siente bastante seguro para expresar sus votos y todos los hombres se

agrupan alrededor de Almonte, ayer proscrito y hoy dictador en las provincias que acabamos de recorrer. El próximo correo nos dará, probablemente, la noticia de la llegada a México. Sin duda, el emperador trasmite los mismos detalles al archiduque.

Por desgracia, al principio se han cometido muchos errores pero jamás he dudado del éxito de nuestra empresa.

Me siento feliz de saber que la salud del rey no os produce ninguna inquietud y que mejora día a día.

Mis afectuosos recuerdos al archiduque y crea, señora, en los sentimientos con que soy de V. A. I. su muy devota.¹³

Eugenia

¹³ Original en francés.

LLEGAN REEMPLAZOS
DE OAXACA

El Palmar, junio 7 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Cuando yo tuve noticia de los reemplazos que venían de Oaxaca para las tropas de aquel estado, ya ellos habían sido dados de alta en la brigada del ciudadano general Díaz, cuyo hecho no desaprobé, tanto porque considero que la expresada brigada necesita de preferencia los mismos reemplazos, como porque su incorporación a la propia brigada se hizo con anuencia y acuerdo hasta cierto punto del gobernador de Oaxaca, según me lo manifiesta el mismo general Díaz y, principalmente, porque para ello cuento yo con la deferencia de usted, que en mi anterior había solicitado sobre este particular. Me parece, pues, más conveniente que los reemplazos de que se trata permanezcan como están en la actualidad.

Aún no tengo noticia oficial ni del gobierno ni del señor González Ortega, de que marche a incorporarse a este cuerpo de ejército; mas, sea como fuere, por las noticias de usted no puedo dudar del hecho.

Tanto el parque de que le tengo hablado, como los víveres que le he pedido, son elementos de primera necesidad para este cuerpo de ejército; pero, si por de pronto no es posible que ambos objetos vengan a la vez, prefiera usted por ahora la remisión del parque, sin perjuicio de esforzarse en remitirme también los víveres.

El dolor espasmódico que me tenía postrado en cama ha desaparecido y hoy me encuentro en pie aunque algo debilitado; siempre a sus órdenes como su afectísimo amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

Sólo he recibido 800 pesos, y no 1,000 como usted me decía en una de sus apreciables; explíqueme usted si aquélla es la cantidad que me mandó o en qué consiste que el portador me entregase una menor. Encargo a usted alguna suela para huaraches, que alcance siquiera para 2,000 pares.

EL EJÉRCITO MEXICANO
CONSUME CINCO MIL PESOS DIARIOS

Palmar, junio 7 de 1862

Ciudadano general Miguel Blanco
México

Estimado amigo y compañero:

Los 35,000 a que se redujeron los 40,000 librados últimamente sobre Puebla, apenas alcanzaron para socorro de cinco días, pues el ejército vence diariamente más de \$5,000.00 y, aunque la infantería podría pasarla aunque mal con las raciones y un poco de haber del mes, no sucede lo mismo con la caballería que no usa ranchos ni puede por esto estar sin sueldos; recomiendo a usted, en consecuencia, que no me olvide en materia de recursos, en la inteligencia de que hoy no tenemos ni un real en caja.

Según informes que tengo de varios jefes de la plaza de Puebla, es mucha en ella la escasez de recursos, lo que a la larga puede causar males de consideración; recomiendo a usted también este punto, suplicándole que se destine alguna cantidad para la guarnición y atenciones de aquella plaza.

Hoy me he levantado ya de la cama, habiendo desaparecido el dolor que me tenía postrado, pero mañana o pasado estaré completamente listo.

Consérvese usted bueno y cuente siempre con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

P. D.

Le adjunto a usted el periódico de Orizaba. El señor (González) Ortega llegará mañana, aunque no sé por su parte su venida.

ESCOBEDO RECLAMA
SE LE ENVÍEN REEMPLAZOS

Palmar, junio 8 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Sólo porque he contado con la deferencia de usted para un acto que influye en un positivo bien de este cuerpo de ejército, teniendo además en cuenta las condiciones que sobre esto le tengo explicado ya en mis anteriores, asentí a la incorporación de los reemplazos de Oaxaca con la brigada del general Díaz pero, si usted se opone absolutamente, aunque tenga que revocar la orden respectiva, se darán de baja y consignarán a usted en la revista siguiente.

Con mucha frecuencia se me queja el coronel Escobedo de que no se le da ningún remplazo y, ya que aquel jefe no puede llenar el objeto principal de su permanencia en esa plaza, espero que usted organice su guarnición sin contar con la fuerza que él manda, para que pueda emprender su marcha a este cuerpo de ejército.

Consérvese usted bueno y cuente siempre con el aprecio de su amigo y compañero.

Ignacio Zaragoza

Hágame usted favor de mandarme una resmilla de papel azul de cartas y también el aguardiente o mezcal bastante, en el concepto de que usted ya sabe cuánto se consume.

ALMONTE DISTRIBUYE LOS DINEROS
DE LA ADUANA DE VERACRUZ

Orizaba, junio 9 de 1862

Excelentísimo señor don Manuel M. Serrano

Mi muy distinguido amigo:

Contesto a un mismo tiempo sus gratas de 3 del actual, diciéndole que no es posible que el señor ministro de Francia tome la responsabilidad de poner a nuestra disposición los fondos de la aduana que fueron recobrados por la intervención. De ahí es que sólo debemos contar con el 20% de mejoras materiales y el 15% del ferrocarril. Mas, como no está claro que la aduana, después que la hemos recibido, deba continuar intervenida, a mí me parece que lo único que debemos entregar a cada nación que tiene derecho a algún abono, según las convenciones, es el tanto por ciento que les está asignado y después cobrar nosotros lo que nos queda libre. Con eso y con la parte que pertenece a la Francia -que se nos prestará-, creo que podremos, con muchísima economía, vivir dos o tres meses, que es lo que necesitamos mientras llegan las nuevas fuerzas que manda el emperador. A más de eso, tendremos el 20% de mejoras, el 15% del camino de hierro y la nueva contribución del 2% sobre capitales. En fin, vea usted si se puede lograr lo que indico sobre la no intervención para lo futuro.

En cuanto a las libranzas sobre París, el señor ministro de su majestad el emperador, es el que las gira a mi favor por valor de \$30,000.00, es decir, 150,000 francos, de los cuales habrá que deducir la diferencia del cambio o sea a razón, según usted me dice, de 5 francos 50 céntimos por peso. Me convendría mejor que el dinero me lo dieran aquí,

porque es para socorrer 5,000 hombres que aquí están; pero, si no fuere posible, bien podrá traerse en convoy ese dinero, según me han asegurado ayer. En todo caso, avíseme usted si hay casas que quieran hacer ese buen negocio, para mandarle las libranzas a vuelta de correo.

Como el general Marín es carta viva, él informará a usted de todo lo que pasa por acá, pues yo no tengo tiempo para escribir largo y ni aun para comer. Llevo una vida de perro; desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, trabajo sin descansar un momento.

Dígame usted si sabe que los aliados hubiesen convenido con los comerciantes en no cobrarles los derechos sino cuando hubiesen podido internar sus efectos.

A los pies de esas damas y créame suyo afectísimo amigo.

(Juan N.) Almonte

Si no hubiera modo de negociar las libranzas por bien, emplee usted la fuerza y, en ese caso, no se tendrá ninguna consideración, pues sólo se les darán las libranzas por 30,000 pesos a 5 francos por peso y el premio de 50 céntimos se les pagará cuando el gobierno tenga fondos.

Con el señor Marín irá todo esto de oficio.